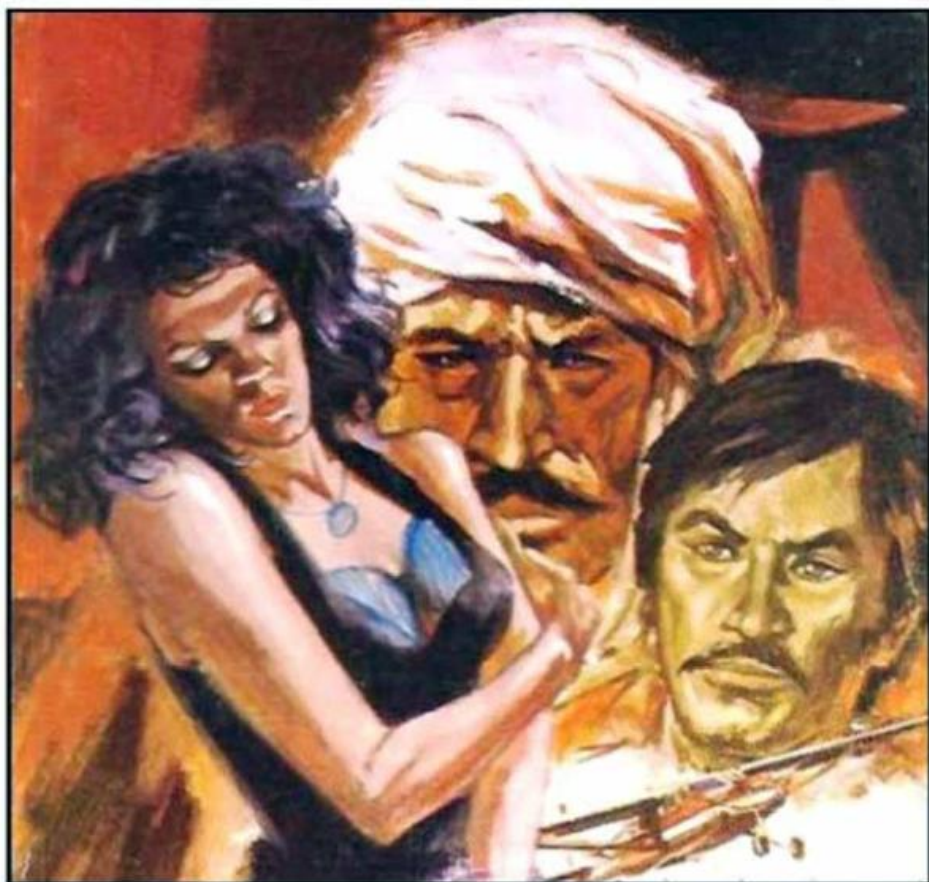




Lou CARRIGAN

LAS CARAS DE LA MUERTE





eb

LOU CARRIGAN

LAS CARAS DE LA MUERTE

Colección LA HUELLA n.º 141
Publicación quincenal
Aparece los lunes



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición en esta Colección: julio, 1977

© Francisco Bruguera - 1977

**Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 – Barcelona - 1974**

ADIOS ESTAMBUL-3

Hacía bastante rato que aquel hombre había dejado atrás la ciudad de Tánger. Se dirigía hacia el interior, por una carretera secundaria. Había reducido un tanto la velocidad, y poco más tarde veía ya una luz. Primero la luz era blanca; luego emitió destellos rojos y verdes. Por tanto, el hombre, sin vacilar lo más mínimo, abandonó la carretera, metiéndose en aquella áspera llanura, para acercarse al lugar del que provenían las señales.

Instantes más tarde, detenía el auto, apagaba las luces, y saltaba a tierra, mirando al hombre y la mujer que habían salido a recibirle, procedentes de la avioneta que estaba parada cerca de ellos, apenas a quince metros de distancia.

—¿Quiere identificarse, por favor? —pidió la mujer.

El recién llegado sonrió.

—Desde luego. Imagino que a esa avioneta le han bautizado con el nombre de «Paloma de la Paz».

—Exacto —dijo la mujer, de rotundas formas—. Cuando quiera, estamos listos para emprender el vuelo.

Echaron a andar los tres, sin preocuparse lo más mínimo por el viejo auto que quedaba allí abandonado.

Instantes más tarde, aparecía un hombre por la portezuela del aparato, tendiendo una escala que fue utilizada por los otros para subir a bordo. Una vez todos en el interior de la avioneta, el mecánico retiró la escala plegable, y cerró la portezuela.

—Dile al piloto que puede despegar. Espera —miró la mujer al recién llegado—. ¿Hay algún cambio en la ruta?

—No, no. Ninguno.

La mujer hizo un gesto, y el mecánico, sin despegar los labios, se acercó a la cabina de mandos, donde se encontraban el piloto y el

copiloto, ambos ocupando sus puestos.

—Podemos despegar —dijo.

El piloto manipuló con los mandos, y la avioneta empezó a deslizarse por entre tierra y guijarros, hasta que remontó el vuelo, instantes más tarde.

En cuanto al pasajero de última hora, se había acomodado en un asiento, y estaba examinando un mapa que desplegó sobre sus rodillas. Oyó la voz de la mujer, y la miró, sonriendo; era un hombre de fácil sonrisa, por lo visto.

—¿Espera alguna dificultad, Estambul-3? —preguntó la mujer.

—Ninguna. Sólo me estaba cerciorando una vez más de que todo está en orden. Dentro de cuarenta minutos abandonaré la avioneta. Creo que nos les habré molestado demasiado.

—No es molestia... A eso se le llama colaboración, simplemente. Tengo también preparado su equipo, el paracaídas. Por cierto, usted no indicó que le procurásemos arma alguna.

—No la considero necesaria, de momento. En realidad, digamos que la operación apenas se ha iniciado. Se está desarrollando la parte más sencilla. Las auténticas dificultades empezarán cuando nos internemos en Asia. De aquí a Estambul, será prácticamente un viaje de placer. Descargaremos el barco, y, repito: entonces empezará lo difícil de esta misión.

—¿Por qué no esperar el barco en Estambul? —inquirió ella.

—Hay que guiarlo. Nuestra red en Estambul tiene medios adecuados para la recepción de buques interesantes. Digamos que soy el encargado de conducir ese buque a buen puerto, al puerto ideal. De ese modo, a cubierto de miradas, realizaremos las maniobras precisas sin llamar la atención.

—¿El barco ya ha atravesado el estrecho de Gibraltar?

—En efecto; esta tarde. Navega ya hacia el punto donde yo he de abordarlo. Esta zona de acantilados y radas naturales es la óptima para ello. Creo que todo está saliendo bien.

—¿Podemos ayudarle en algo más?

—No... Realmente, no. Todo lo que necesitaba era una avioneta y un paracaídas. Reitero mi agradecimiento por su cooperación.

Dejaron de hablar.

La mujer encendió un cigarrillo. Estambul-3 siguió atento a su mapa, y el otro hombre no movía ni un párpado. Poco más tarde, el

hombre plegó el mapa, y lo guardó en un bolsillo. Echó un vistazo a través de la ventanilla, pero no vio más que oscuridad, aunque, no muy lejos, se veía ya el mar.

Se dedicó a pensar en sus cosas. Era cierto: las dificultades empezarán luego... Soltó un suspiro y se removió un poco. La morena le miró, inquiriendo:

—¿Le preocupa algo, Estambul-3?

—No... Por lo menos, en estos momentos, no. ¿Me permite decirle que es usted una mujer muy hermosa?

Ella esbozó una leve sonrisa.

—Gracias. Creo que, en efecto, no le preocupa nada. A pesar de lo mucho que se habla, sé que el hombre sólo se fija en la mujer cuando está tranquilo.

Estambul-3 miró su reloj de pulsera.

—Me quedan pocos minutos —dijo—. Es curioso... Nunca nos habíamos visto, y, tal vez, no volveremos a vernos más. Sin embargo, estamos aquí ahora, volando, corriendo la misma aventura...

—Usted mismo ha dicho que lo de ahora no tiene importancia. Por lo demás, es corriente que unas células apoyen a otras, en nuestra profesión. Tánger en apoyo de Estambul... Algún día puede ser al revés, y la red de la CIA en Tánger precisar los servicios de la red de la CIA en Estambul.

—Sí, puede ocurrir. Me agradaría devolverles el favor.

Ella se limitó a una sonrisa. Su mirada se dirigió hacia la luz roja que acababa de encenderse, sobre la entrada de la cabina de mando.

—Prepárese, Estambul-3: el piloto está ya marcando el rumbo. Ahí está el paracaídas. Le ayudaremos a colocárselo.

—Gracias.

Se pusieron todos en pie. Instantes más tarde, los miembros de la célula Tánger ayudaban a Estambul-3 a colocarse el paracaídas, siempre en silencio por parte del tipo moreno y bajo. Apenas hubieron terminado de colocar el paracaídas a espaldas de Estambul-3, cuando se abrió la portezuela de la cabina de mandos, y apareció el mecánico, diciendo:

—Tiene treinta segundos para el salto, Estambul-3.

El espía asintió con un leve movimiento de cabeza. Treinta

segundos pasaban rápidos, así que comenzó a acercarse a la portezuela.

El mecánico también acudía allí, para prestarle ayuda, al igual que la hermosa morena. Fue una despedida brevísima, ya que cualquier desviación podía costarle una pérdida de tiempo inútil. Además, el mecánico había abierto ya la portezuela, aferrándose con fuerza a ella, mientras que la morena retrocedía para aferrarse a su asiento.

Estambul-3 hizo un gesto de despedida; el último antes de saltar. Saltó.

No veía nada del suelo. En cuanto al mar, estaba a la distancia prevista, y era un buen punto de referencia. Tendría que caminar muy poco; unos centenares de metros tan sólo.

Y mientras pensaba, iba tirando de la anilla... El paracaídas no se abría. Estaba descendiendo a una velocidad de vértigo sin que el hongo salvador se abriera, para detener su caída. Por más tirones que daba al mecanismo no conseguía que el maldito paracaídas se abriera.

Iba al encuentro de la tierra, pero no llegaría vivo si el paracaídas no se abría... Y el terror le desencajó las facciones. Miró hacia lo alto, y vio, lejanas, las luces de la avioneta, que estaba dando la vuelta ya.

Desde la ventanilla, la morena dijo, con un suspiro:

—Nunca comprenderé a los hombres... Por lo general, son tan presuntuosos que hasta creen poder volar sin alas.

El mecánico esbozó una sonrisa.

—Ha sido un buen trabajo, Tarika.

—Ridículamente fácil, diría yo: estropear un mecanismo de paracaídas está al alcance de un niño. De lo que me congratulo es de que el suceso haya tenido lugar de noche. Con sol, habríamos visto saltar los zapatos de ese hombre, y rodar como satélites sin control. Y luego, su llegada a la tierra... Estremecedor, Zheyad.

Tarika, sonriendo, se dirigió a la cabina de mandos. Se introdujo en ella y tomó asiento en un taburete metálico, detrás del piloto. Éste inquirió:

—¿Todo bien, Tarika?

—Imagino que se habrá dado un buen golpe... Ahora, el resto, Baugier: llama al submarino.

—Espera... ¿Qué más sabemos de ese buque?

—Todo lo que necesitamos: que viaje como un viejo e inofensivo mercante. Es un barco pequeño, sin defensa alguna, y con una tripulación de tan sólo ocho hombres. Es de esperar que ofrezcan resistencia, pero nosotros estamos mucho mejor preparados que ellos. Además la sorpresa también cuenta.

—No hay duda. Voy a ponerme en contacto con el submarino; les daré el rumbo que deben seguir, aunque espero que no estén muy lejos del barco. Han podido seguirle con comodidad.

—Adelante, Baugier —dijo Tarika.

* * *

—Atención, Baugier, atención...

El piloto se apresuró a responder:

—Adelante, Laprade, escucho.

—¿Habéis visto algo de la operación? —inquirió Laprade.

—Hemos sobrevolado el lugar, pero a bastante altura. ¿Qué ha pasado?

—Misión cumplida —dijo Laprade, el comandante del submarino.

—Eso significa que la carga se encuentra ya en vuestro poder.

—Y nosotros sumergidos, en efecto. Hemos hundido el buque.

—Magnífico. Regresad a la base, entonces.

—Ya estábamos virando. Es todo, Baugier. Corto.

Se cortó la comunicación. El piloto se quitó los auriculares, y se echó un poco hacia atrás; su ayudante era quien guiaba la avioneta en aquellos instantes.

—Han terminado, Tarika.

—Magnífico. El Honorable estará contento: no sólo nos hemos apoderado de una carga importante, sino que hemos desarticulado por completo la red de la CIA en Tánger. ¿Qué sabemos de la carga?

Baugier se encogió de hombros.

—No hice preguntas al Honorable —rezongó—. Si no da explicaciones es mejor no hacer preguntas. De todos modos, debe ser importante, quizá más de lo que suponemos. Y mi curiosidad al respecto es sólo relativa. Ya nos enteraremos de lo que sea. ¿Me enciendes un cigarrillo, Tarika?

La hermosa y joven morena encendió dos cigarrillos. Tras fumar

unos instantes en silencio, murmuró:

—Estoy pensando que la CIA no se conformará tan fácilmente, Baugier.

—No podrán encontrarnos. Ésa es una de las ventajas de tener un jefe inteligente.

—En nuestra profesión no hay idiotas, Baugier —dijo, un tanto preocupada, Tarika—. Espero que nadie olvide eso.

—¿Qué quieres decir?

—Tan sólo que no debemos sobrevalorar nuestra inteligencia, y considerar a los demás retrasados mentales; sólo eso.

CAPÍTULO PRIMERO

Era una pobre tonta.

Tontísima.

Así pensaba de sí misma Lana Wender mientras viajaba en coche con Sloan Latimer hacia el chalé que éste tenía fuera de la ciudad, bastante más allá de los elegantes suburbios. En realidad, ella ya había estado allí un par de veces antes, pero siempre acompañada de amigos.

Sloan Latimer era una persona muy sociable, un hombre encantador. Lo había conocido en uno de esos «parties» serios, donde nadie se quita la ropa, y se habla de cosas inteligentes, se bebe con moderación y se sabe que «La Viuda Clicquot» es un champaña francés, y donde todo el mundo sabe que un «Renoir» es un cuadro de este famoso pintor francés y no un coche deportivo, por ejemplo, y que Miguel Ángel no es un jugador de «baseball»...

Conocer a Sloan Latimer y enamorarse de él había sido todo uno; lo vio, se quedó mirándolo atónita, y ¡pum!, quedó loca de amor. Así, como suena. Desde entonces, Lana había salido algunas veces con Sloan, a su juicio las suficientes para que ambos supiesen bien a qué atenerse. En definitiva, Lana había llegado a la conclusión de que Sloan, a su vez, se había enamorado de ella.

Por eso, cuando la noche anterior le había dicho si querría ir con él a la tarde siguiente a su chalé, el corazón de Lana había efectuado un triple salto mortal, y en cuanto se recuperó, dijo que sí. ¡Ni que fuese tonta!

Pero, al parecer, sí era tonta.

Tontísima, porque, precisamente, cuando ya se veía a solas con Sloan en el chalé de éste, viviendo la primera tarde de amor, él había añadido:

—Es que quiero presentarte a unos amigos.

El corazón de Lana había quedado entonces pequeñito y arrugado, o más bien, desinflado. ¿Unos amigos? ¡Valiente cosa! ¿Qué le importaban a ella unos amigos más o menos de Sloan Latimer? ¡A ella, quien le importaba era él, y nadie más que él!

Pero, en fin, le pareció mal decírselo así, a palo seco, y ratificó su aceptación de la visita. Aunque un tanto descorazonada, eso sí. De todos modos, no dejaría escapar la próxima ocasión de estar a solas con él, y entonces... La verdad era que no sabía muy bien a qué atenerse con Sloan: unas veces parecía un muchachote simpático, y otras le daba la impresión de ser un hombre serio como un billete de mil dólares.

Pero estaba loca por él, y asunto terminado. La lástima era que, puesto que Sloan no aprovechaba la ocasión de estar a solas con ella, todo parecía indicar que no la tenía en gran consideración para asuntos... personales. Y eso tenía triste a Lana, muy triste. Entonces..., ¿no habían significado nada los besos que se habían dado, aquellos dulces contactos, las miradas...?

—Estamos llegando —dijo Sloan.

Ella le miró, y sonrió. ¡Qué apuesto era! Alto, atlético, bronceado por el sol, cabellos color cobre, ojos claros, facciones enérgicas, hermosas... Pero no se trataba solamente de que Sloan Latimer fuese guapo, sino que tenía esa... expresión, esa actitud segura y tranquila del hombre viril que impresiona tanto a las mujeres.

Claro que ella tampoco estaba mal, precisamente. También era alta, sus cabellos eran rubios, muy rubios, como el sol, y su rostro era delicado, dulce, bellísimo. Ojos azules, boquita sonrosada y gordezuela... Cuando se miraba desnuda al espejo, Lana Wender pensaba que muchas de las chicas que salían en el

Play-boy

, por ejemplo, parecían viejas jorobadas a su lado. Pero, claro, Sloan debía estar ciego...

—Y aquí estamos por fin —exclamó alegremente Sloan, frenando.

Lana miró sin demasiada ilusión hacia la casa, bonita, blanca y amplia, rodeada de jardín, en el que había piscina, y, algo más allá, una pista de tenis. A Sloan Latimer, indudablemente, le iban bien

las cosas, pero nadie sabía exactamente cuáles eran esas cosas. Sí, bien pensado, era un hombre un tanto misterioso.

—¿Crees que habrán llegado tus amigos? —preguntó Lana—. No veo ningún coche.

—Seguro que están ya en la casa. Quizá llegaron en el coche de otro amigo, que los dejó aquí y se fue.

—Ah... Sí, claro.

Sloan salió del coche, y fue a abrirle la portezuela a Lana, que por su parte ya la había abierto y se había apeado. El sonrió, la tomó del brazo, y fueron hacia la casa. Sloan sacó una llave, abrió, y empujó la puerta. Lana entró, escuchó, miró a todos lados, y por último a Sloan.

—No parece que haya nadie —murmuró.

—Seguro que están arriba —miró Sloan hacia la amplia escalera que ascendía hacia los dormitorios—. Será mejor que nos esperes en el salón.

—Está bien.

La Wender entró en el salón. Eran las seis de la tarde, una hora perfecta para tomar un trago, así que se lo sirvió, impaciente y un tanto irritada. Y estaba bebiendo el primer sorbo cuando oyó pasos tras ella. Se volvió, iniciando una sonrisa de cortesía..., que quedó como congelada en sus labios. Su rostro se demudó, sus ojos se desorbitaron...

Allá, ante ella, había un hombre... horrible. ¡Horrible! Debía ser muy alto, pero estaba encorvado, como contrahecho. Sus ropas eran bastas y descuidadas, sus cabellos eran unas greñas apelmazadas; y lo más horrible de todo: uno de sus ojos era... blanco. Sí, blanco, y más grande que el otro, saltón, escalofriante.

—¿No ha visto a Sloan por aquí? —masculló aquella especie de Quasimodo.

Lana tuvo que tragar saliva para poder musitar un «sí, está arriba...». El contrahecho la miró, le hizo un terrible gesto obsceno de indudable significado, dio media vuelta, desapareció. Durante unos segundos, Lana permaneció inmóvil, aterrada. Luego, rápidamente, bebió otro trago de *whisky*. ¿Qué clase de amigos tenía Sloan? ¿Qué extraño secreto debía haber en su misteriosa vida que nadie conocía a fondo?

Estremecida todavía por el recuerdo de aquel personaje, Lana se

sentó en un sillón... ¡Qué silencio! Pero no duró mucho. Al poco, oía nuevos pasos, y otra persona apareció en el umbral del salón, ante los asustados ojos de la muchacha, que se tranquilizó en seguida al ver al nuevo personaje: un hombre alto, elegante, con lentes, vestido de esmoquin, blancos cabellos, barbita bien recortada... Todo un caballero, de amable mirada y gestos reposados.

—¿Es usted la amiga de Sloan? —preguntó.

—Sí... Sí.

—Encantado —sonrió el hombre—. Pero ¿dónde está él?

—Creo... creo que está arriba.

—Vaya, siempre tan desconsiderado... Voy a buscarlo inmediatamente. A propósito, yo soy el coronel Carruthers.

—Encantada... Lana Wender.

—Sí, lo sé —sonrió el hombre—. Sloan nos ha hablado mucho de usted. Está tan enamorado, el pobre...

—¿Está... enamorado? ¿De quién?

—¡Caramba, señorita Wender, vaya unas preguntas divertidas que hace usted! Bien, voy a buscar a Sloan.

Desapareció. Lana quedó inmóvil, pero sólo por fuera, a la vista. Por dentro, su corazón estaba golpeando de tal modo en el pecho que parecía que fuese a hacer un boquete para salir de él. Claro que más valía no hacerse ilusiones, pero... ¿acaso no habían sido muy significativas las palabras del coronel Carruthers?

Apenas tres minutos más tarde, un negro alto y hercúleo entró en el salón, para pasmo de Lana. Llevaba unos pantalones tejanos, un jersey a rayas blancas y rojas, e iba provisto de unas zapatillas de baloncesto..., que le colgaban de un hombro, una hacia la espalda, otra hacia el pecho.

—Hola, tía buena —saludó, sonriente, directo hacia el bar—. ¿Eres la fulana de Sloan?

Lana había quedado tan pasmada que cuando fue a reaccionar el negro ya se había servido una dosis de *whisky*, y la miraba por encima del vaso, con una sonrisilla irónica y amable a la vez.

—Tiene buen gusto, el pajarraco —dijo—. ¿Os habéis acostado ya juntos alguna vez?

—¿Y a usted qué le importa eso? —replicó roja de ira la muchacha.

—Es sólo para saber si Sloan ha estado ya en el séptimo cielo o no. Vamos, no te lo tomes en serio, rubita. ¿Has visto a mi negra por aquí?

—No, señor, no he visto ninguna negra por aquí —refunfuñó Lana.

—Pues voy a buscarla. Vengo cachondo como una fiera... ¿Comprendes? Lo más seguro es que me esté esperando desnuda en la cama, porque ya sabe cómo las gasto... ¿Ha venido Sloan o no?

—Está arriba —gruñó Lana.

—¡Arriba! ¡Oh, no! Es capaz de haber entrado en mi dormitorio, y de estar administrándose a mi negra. ¡El muy...!

Dejó el vaso, y salió corriendo del salón. Lana oyó su veloz desplazamiento escaleras arriba. Luego, de nuevo, el silencio... Hasta que poco después, oyó arriba un portazo, y luego, las pisadas en la escalera. Se quedó mirando intrigada hacia la puerta. ¿Cómo sería el siguiente amigo de Sloan Latimer? A buen seguro que sería también otro interesante personaje...

Y tan interesante.

Esta vez, quien apareció fue un esquimal. A Lana casi se le escapó el vaso de *whisky* de entre los dedos. Sí, era un esquimal, de ojos ligeramente oblicuos y negrísimos, cabellos igualmente negrísimos y lacios, que le caían sobre la frente, grandes dientes saltones... Llevaba un grueso chaquetón que debía ser de piel de foca, grandes botas..., y un impresionante arpón en la mano derecha.

El esquimal sonrió, mostrando sus enormes dientes.

—Es para cazar focas —movió el arpón—. ¿Tú eres la frotadora de narices de Sloan?

—¿La... qué?

—La que se besa con él mientras os dais el gran repaso... Tienes un cuerpo como para pasarse uno veinte meses encerrado contigo en un «igloo»... Como sois tan raras, no me atrevo a pedirte que hagas el amor conmigo... Pero quizá aceptarías. Te advierto que soy un fenómeno, y que tengo...

El teléfono sonó, y Lana, tras respingar, se volvió hacia el aparato, todavía roja de ira nuevamente. El teléfono estaba junto al sillón que había ocupado ella, sobre una mesita. Descolgó con tal furia que más bien pareció que hubiese arrancado el auricular.

—¡Diga! —gritó.

—¿...?

—¡Desde luego que está aquí! ¡Él y toda su asquerosa caterva de amigos! ¡Por cierto que todos pueden irse al mismísimo infierno...! ¿Qué?

—...

—¿Urgentísimo y vital? Está bien... ¿Quién le llama?

—...

—Joe, ¿eh? Está bien, no se retire, voy a avisarle...

Lana dejó el auricular sobre la mesita, dirigió una furibunda mirada al esquimal, y salió del salón. El esquimal la miró apaciblemente mientras se dirigía hacia las escaleras... Luego, se acercó al teléfono, se sentó en el brazo del sillón, y atendió la llamada..., tras quitarse la negra peluca y los dientes saltones.

—¿Diga, señor?

—¿...?

—Oh, no hay cuidado, señor: es un lígüe mío, pero de confianza... ¿Qué es lo que ocurre?

—...

La explicación duró casi dos minutos, durante los cuales, el esquimal retiró de sus ojos las lentillas de contacto negras, dejando al descubierto sus claras pupilas, y luego, fue retirando el maquillaje de tensión de sus párpados, de modo que, finalmente, quedó perfectamente reconocible el rostro de Sloan Latimer.

—Sí, señor, lo he entendido todo. Pero yo tenía entendido que Dagobert Horrall había desistido de esa clase de vida.

—...

—Bueno, eso demuestra que los tipos como él no saben llevar otra clase de vida. Y en definitiva, nunca está de más tener localizada a esa clase de gente. Bien, partiré hacia Tánger inmediatamente, señor. ¿Tengo ya los pasajes o debo procurármelos por mí mismo?

—...

—Están esperándome en el aeropuerto. Gracias, señor. ¿Me están esperando en Tánger algunos de los nuestros?

—...

—Ismail. Bueno, de todos modos ya estableceremos el contacto adecuado. ¿Perdón...? Oh, bueno, decidí pasar el fin de semana en

el campo... Siento mucho que no me encontrase en mi apartamento... Con una chica, claro. Señor, pienso que quizá sería conveniente que antes de partir pasase por ahí, para ver alguna fotografía de Dagobert Horrall...

—...

—Ah, bien. Bueno, llamaré a Pete a su domicilio... ¿No?

—...

—De acuerdo. Sí, anoto el teléfono al que he de llamarle en cuanto llegue a la ciudad:

333 29 47.

Gracias, señor. ¿Algo más?

—...

—Gracias de nuevo, señor. Hasta la vuelta.

Sloan Latimer colgó, y sonrió a Lana, que había regresado hacía ya más de medio minuto, y se había quedado mirándole primero estupefacta y luego con unas expresión más y más tormentosa en sus bonitas y bellas facciones.

—Supongo que ya has comprendido —sonrió Sloan, comenzando a acercarse a ella—, que estamos solos en la casa, y que siempre he sido yo quien ha venido a verte, disfrazado. Verás, es que...

¡Plaf!, restalló la tremenda bofetada de Lana en la mejilla de Sloan Latimer. Y un instante después, casi al unísono, restalló el insulto, casi con más fuerza que el tremendo tortazo.

—¡Imbécil! —aulló la muchacha.

Y antes de que Sloan Latimer pudiese reaccionar, dio media vuelta, y se alejó corriendo, llenos de lágrimas los ojos. Cuando Sloan Latimer se estaba diciendo que lo mejor era esperar que a Lana se le pasase el enfado antes de insistir en darle la explicación, oyó, de pronto, el rugir del motor de «su» coche.

—¡Hey! —gritó—. ¡Eso no...!

Pero cuando apareció corriendo en el jardín, ya el coche se alejaba, con la enfurecida y llorosa Lana Wender al volante. Sloan permaneció allí hasta que el coche se perdió de vista, mohíno. Bien, tendría que llamar a Pete al

333 29 47

para que, además de tenerle preparadas las fotografías del tal Dagobert Horrall, pasase a buscarle con un coche.

Ni mucho menos estaba enfadado con Lana. La muchacha tenía razón, ya que, a fin de cuentas, y aunque fuese con buena intención, la había estado engañando como a una china...

CAPÍTULO II

Era un chino alto, grande, fuerte, de edad indefinible, e inexpresivo por completo. Acababa de meterse en una de las cabinas telefónicas de La Pagode, uno de los restaurantes chinos de Tánger, situado en rué de la Liberté a un tiro de piedra de la Grand Socco. Un Grand Socco tan animado de día, bullicioso, chillón, como silencioso, misterioso, durante la noche.

El chino había marcado un número de teléfono, y esperaba respuesta, que le llegó, tras una espera de veinte segundos:

—¿Hola...?

—Quiero hablar con el honorable

Wong-Fu

—dijo el chino—. Es importante y urgente.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Thi-Siung.

El silencio le indicó a Thi-Siung que quien estuviera al otro lado del hilo vacilaba. Tardó aún un poco en llegar la voz:

—Tendrá que esperar un momento.

—Está bien —dijo Thi-Siung.

Aguardó, paciente. Miraba hacia el interior del local, a través de la cristalera de la cabina; miraba hacia la mesa que había reservado. Una camarera china ya le estaba sirviendo la cena; una muñequita amarilla, vestida al estilo oriental, con la falda muy larga, pero con el costado izquierdo abierto desde la cintura, por lo que podía verse una pierna bonita, esbelta...

—Al habla

Wong-Fu

—oyó de pronto—. Creo que no tengo el placer de conocerle, Thi-Siung.

—Espero que nos conozcamos pronto,

Wong-Fu,

y que usted no haya olvidado ciertas particularidades de su vida, de su trayectoria. Y, de modo muy especial, deseamos que lo que sucede sea sólo una pequeña demora por parte suya.

—No entiendo.

—Va por mal camino,

Wong-Fu.

Primero le voy a felicitar por su operación, realizada con toda limpieza. En segundo lugar, quiero recomendarle que se apresure a entregarnos la carga. ¿O había pensado otra cosa?

—No sé a qué carga se refiere.

—Lo sabe muy bien. Aunque nos estamos expresando en chino y es difícil que alguien nos capte, no es conveniente entablar una discusión por teléfono; discusión, además, que no tiene razón de ser. Seamos concretos: usted sigue afecto a nosotros, a menos que desee correr grandes riesgos. Y le voy a decir algo más, que es una amenaza para usted, más seria de lo que cree: la CIA americana se está reorganizando con enorme rapidez en Tánger. ¿Lo sabía?

—Eso es mentira.

—Cuidado,

Wong-Fu.

No se puede caminar con los ojos cerrados; es altamente peligroso. Los americanos se están reorganizando aquí con fuerzas múltiples, redobladas. Tengo pruebas de ello, que le voy a proporcionar, como muestra de que entre nosotros se trata de un juego limpio. Es obvio, por otra parte, que no me interesa que la CIA caiga sobre usted.

—Me gustaría tener esa prueba, Thi-Siung.

—Localicen a un tal Antonino Morandi Si no ha llegado a Tánger, llegará de un momento a otro. Es probable que ya tenga reservada *suite* en algún hotel. Es el pez gordo que la CIA envía para la organización de nuevo cuño. Proviene de Roma. Hay otros elementos, menos importantes, pero de ellos nos iremos ocupando a su debido tiempo.

—Es una mala noticia para mí, en efecto —se oyó el susurro de Wong-Fu

—. Ahora, Thi-Siung, dígame: ¿qué pretende usted de mí, concretamente?

—La mercancía. ¿O ya no trabaja para nosotros?

—Cuando yo era buen colaborador, no hace mucho de esto, caí en desgracia. Desde entonces, no he vuelto a tener noticias. ¿Qué es lo que quieren ahora?

—Los espías podemos estar aparentemente inactivos,
Wong-Fu,

usted lo sabe. Pero al reanudar nuestras operaciones, somos los mismos de antes, o bien debemos atenernos a las consecuencias. Se lo diré con toda claridad: si usted no regresa a las órdenes de Yen-Chia,

jefe de los Servicios Secretos de China Nacionalista, corre hoy dos riesgos. Uno: el que supone mi estancia aquí. Dos: el que se desprende de la presencia de la CIA. Para mí, además, sería muy fácil deshacerme de usted. Me basta con delatarle a Morandi.

—Tendré que pensarlo —dijo

Wong-Fu

—. Usted, es obvio, pertenece a los servicios secretos de Formosa.

—Y usted también. Por consiguiente, somos aliados. ¿No es así?

—A mí me abandonaron, Thi-Siung.

—Se le ha dejado en un aparente olvido, simplemente.

—Un olvido que hubiera podido durar años, de no haber realizado yo muy recientemente una importante operación, ¿no es así? —masculló

Wong-Fu.

—Tal vez.

—Está bien... No he debido asombrarme por su cinismo. Ustedes me echan, me olvidan, y cuando consigo algo importante, me lo reclaman. Quiero estudiarlo.

—Hágalo, pero no se demore demasiado: corremos el riesgo de que la CIA le localice a usted antes de lo previsto.

—No esperaba esto... ¿Dónde podré darle mi respuesta?

—En ningún sitio. Cuando se produzcan contactos entre nosotros, yo, y sólo yo, habré establecido ese contacto.

—¿Qué teme?

—Sobra la pregunta. Wong-Fu. Usted quizá piense que matándome soluciona algún problema, y no es así. Por el contrario, los multiplicaría. Por consiguiente, permítame seguir oculto, y así le evito la oportunidad de cometer errores. Hasta pronto.

Thi-Siung, tras las últimas palabras, colgó el teléfono. Se movió un tanto pesadamente, volviéndose para abandonar la cabina. Se dirigió a su mesa, se sentó, y echó un satisfecho vistazo a la cena.

* * *

El impacto que había significado aquella inesperada llamada se notaba en el rostro del honorable

Wong-Fu.

Miraba al vacío, achicados sus ojos oblicuos. De vez en cuando, su boca un tanto gruesa se contraía con una mueca de ira.

Ante él, silenciosos, estaban dos hombres y una mujer. Alain Baugier, Marcel Laprade, y Tarika. Ninguno de los tres había captado una sola palabra de aquella conversación mantenida en chino, pero con la actitud del Honorable era fácil deducir que algo se había torcido, que algo estaba saliendo mal. Sin embargo, seguían esperando la reacción de

Wong-Fu,

que pensaba a marchas forzadas sobre la situación planteada.

Vacilaba entre confesar o no a sus colaboradores lo que estaba ocurriendo. Podía cundir la inquietud entre ellos, o el miedo, y si desertaban, dejándole solo, nada ni nadie le salvaría del hundimiento. Decidió, por el momento, no decir toda la verdad.

—Bien —murmuró—. Se han complicado las cosas, pero no sé hasta qué punto. La llamada ha sido una confidencia.

—¿De qué se trata? —inquirió Baugier.

—La CIA.

La escueta respuesta causó cierta impresión en el auditorio de Wong-Fu.

En especial, Tarika, que se removió, mirando a Baugier. Ella ya lo había dicho: en ningún momento habría que menospreciar a un enemigo de la talla de la CIA americana.

—De todos modos, aún no es alarmante —dijo

Wong-Fu

—. La confidencia ha sido muy oportuna. En estos momentos, la CIA se dispone a reorganizarse en Tánger. Un hombre procedente de Roma ha llegado, o llegará en cualquier momento, para ocuparse de ello. Ese hombre se llama Antonino Morandi. Hay que localizarle, e impedirle que empiece a trabajar, o que prosiga adelante, si ha

iniciado ya la reorganización.

—¿Quién ha hecho la confidencia? —inquirió Tarika.

—Es de confianza —dijo, evasivamente,

Wong-Fu

—. Se trata, como he dicho, de localizar a Morandi. Y ganar tiempo, claro está. Es lo único que necesitamos: un poco de tiempo.

Baugier se pasó la mano por el mentón.

—Empezaremos a trabajar —dijo—. Ese Morandi debe alojarse en algún sitio, si ha llegado. En todo caso, podemos establecer vigilancia en el aeropuerto, sin perjuicio de que vayamos indagando, por si hubiese llegado ya. Al mismo tiempo, interesaría descubrir indicios de los posibles afectos a la CIA que se encuentren ya en Tánger.

—Ése es el principio, en efecto —dijo

Wong-Fu

—. Por mi parte, trataré de acelerar el trato que llevamos entre manos. Ninguno de nosotros debe olvidar que todavía nuestra posición es la más fuerte. Podemos catalogar esto como un... pequeño incidente, que vamos a dejar zanjado sin más dificultades. Sugiero que empecéis a trabajar esta misma noche. Yo iré movilizand mis recursos para obtener pronto dinero. Que nadie se impaciente, que nadie se ponga nervioso. ¿De acuerdo?

—¿Nos dividimos, o trabajamos en grupo? —inquirió Tarika.

—Es mejor dividirse. Baugier, con Berlano, pueden ocuparse del aeropuerto, u otras entradas, marítimas quiero decir, a Tánger. En suma, cualquier punto de acceso a la ciudad. Por otro lado, Laprade, Tarika y Zheyad, se dedicarán a indagar en hoteles, o cualquier sitio donde pueda instalarse un hombre recién llegado. Pienso que no tienen aún refugio propio... Y el que dejaron los de la red anterior no es utilizable.

—Son sólo las nueve —dijo Baugier—. Berlano y yo vamos a empezar. Iremos al aeropuerto. Aún llegarán dos o tres vuelos procedentes de Europa esta noche.

—Andando —asintió

Wong-Fu.

Quedó sola Tarika cuando los dos hombres salieron de allí, y

Wong-Fu

la miró a los ojos.

—También es buena hora para indagar en alojamientos —dijo.

—¿Se trata sólo de eliminarle, o conviene capturarlo con vida? —inquirió Tarika.

—Lo inteligente sería capturarlo con vida, e interrogarlo. Sin embargo, todo depende de los riesgos que ello suponga. A vuestro albedrío, Tarika.

* * *

Eran casi las once y media de la noche cuando Tarika estaba metida en una cabina telefónica, esperando la respuesta de Wong-Fu.

La voz de éste llegó, por fin:

—¿Sí?

—Soy Tarika —dijo ella, rápida—: lo tengo. A Morandi.

—Magnífico. Si necesitas ayuda para acabar con él, ordenaré...

—Quizá me he expresado mal —se apresuró a decir Tarika—. En realidad, Antonino Morandi no ha llegado aún a Tánger. No obstante, he descubierto que tiene una *suite* reservada en el hotel Les Almohades, en Avenue d'Espagne.

Efectuó la reserva desde Roma, pero no se sabe cuándo llegará.

—Entonces, estableceremos una intensa vigilancia...

—He hecho algo mejor, Honorable —dijo Tarika—: me he agenciado de un par de pequeñas maletas, y me he inscrito en el hotel como italiana, Carla Varetta. Desde aquí podré ejercer una vigilancia cómoda, intensiva. Cuando llegue Morandi, será perfectamente recibido.

—Excelente idea, Tarika. Quizá convendría que Berlano, o Laprade, se alojaran también ahí, como protección para ti.

—No lo considero necesario. No digo que cuando llegue Morandi sea un hombre confiado, pero tampoco creo que llegue pensando en la sorpresa que le espera. Por otra parte, pienso hacer algo más: colocaré un micro en su *suite* y estaré a la escucha, para averiguar quiénes son los hombres que van a ponerse en contacto con él. Una vez averiguado esto, Morandi no nos sirve para nada, y acabaré con él.

—De acuerdo. Comunicaré la noticia a Baugier. Que sigan vigilando el aeropuerto, pues es posible que cuando Morandi llegue

sea recibido por alguien. Y se te pondrá sobre aviso en cuanto pise tierra aquí.

—Estaré a la espera, Honorable.

—Buen trabajo, Tarika.

Tarika abandonó la cabina, y fue hacia recepción, con una sonrisa. Allí estaban sus maletas, y un botones árabe esperando su llegada, para acompañarla a su *suite*. El recepcionista tenía ya la llave preparada...

—Nada de eso —sonó una voz en aquel momento detrás de Tarika—. ¡Aquí no hay más botones que yo!

Tarika se volvió, y se quedó mirando a quien había hablado. Por un instante, no pudo ocultar un destello de admiración en sus ojos, al ver al casi gigantesco sujeto de cobrizos cabellos y ojos azules y rientes que la contemplaban simpáticamente. Pero frunció el ceño cuando aquel sujeto sacó unos billetes, se los dio al botones, y se hizo cargo de su reducido equipaje, quedando en actitud de espera.

—¿Qué se supone que hace usted, señor? —murmuró.

—Divertirme. Me estaba aburriendo cuando, de pronto, ¡zas!, veo la posibilidad de divertirme y además prestar un servicio a un ser humano. Mejor dicho, a dos seres humanos; uno, el botones, que ya se va tan contento con su propinaza, y otro, usted, a la que de todos modos le van a llevar su equipaje. Me llamo Sloan Latimer. ¿Y usted?

Tarika se volvió hacia el conserje, de nuevo con el ceño fruncido. El hombre sonrió, con gesto de circunstancias.

—El señor Latimer es americano —dijo—. Está alojado en el hotel, señorita Varetta.

—¿Varetta? —exclamó Sloan Latimer—. ¡Ese apellido no es francés!

—En efecto —dijo secamente Tarika.

—Pero usted estaba hablando en francés...

—También está usted hablando ahora en francés, y no lo es.

Sloan Latimer dejó una de las maletas, y metió una mano entre sus greñas, rascándose furiosamente.

—Toma, pues es verdad... En fin, que no doy una, vamos. ¿A que es usted italiana?

—¡Qué listo es usted, señor Latimer! En efecto, soy italiana. Mi nombre es Carla Varetta, estoy muy cansada por el reciente viaje, y,

si usted no tiene inconveniente, quisiera retirarme a descansar un poco.

—¿Sabía usted, señorita Varetta, que no hay nada que relaje más que nadar un poco?

—Seguramente es cierto —admitió impaciente Tarika—, pero no me parece éste el momento adecuado para ir a la piscina.

—Tiene razón... ¿Mañana, entonces? Podemos encontrarnos en la piscina a la hora del aperitivo... ¿Qué le parece?

—Me parece muy mal, porque detesto las... aglomeraciones, de modo que acostumbro tomar mis baños muy temprano.

—¡Qué horror...! Pero ¡qué le vamos a hacer!, mañana madrugaremos. Se me ocurre otra cosa: como la noche es joven, subimos a su habitación, yo le doy un masaje, y luego bajamos a tomar algo... ¿Qué le parece mi idea?

—Fatal. Además, nunca me doy masajes. No los necesito. Buenas noches, señor Latimer.

Tarika tomó la llave de mano del atribulado conserje, y se alejó, desdeñando olímpicamente la decisión que Sloan Latimer pudiese tomar respecto a sus maletas. Por su parte, Latimer estuvo unos segundos contemplando con gesto de admirado estupor las piernas de la muchacha, y acto seguido se volvió hacia el conserje.

—Oiga, le diré lo que vamos a hacer: mañana, en cuanto esa preciosidad baje a la piscina, me llama a mi *suite*... ¡Se va a ganar una propina que podrá jubilarse, si lo desea! ¿De acuerdo? ¡Estupendo!

Cargó con las maletas, y se fue en pos de Tarika. La alcanzó cuando ella se disponía a introducir la llave en la cerradura de la puerta de su habitación.

—¡De ninguna manera! —exclamó—. Permítame, permítame...

Le quitó la llave, y abrió él la puerta. Tarika entró, él lo hizo detrás, encendió la luz, y fue a depositar el equipaje en un rincón de la habitación, sobre la banqueta. Se volvió, miró alrededor, hizo un gesto de disgusto, y fue a abrir la ventana; entró en el baño, salió, y dijo:

—Bueno, parece que todo está en orden.

—Muchas gracias —dijo inexpresivamente Carla Varetta—. ¿Qué espera?

—La propina —sonrió Sloan.

Tarika frunció el ceño de nuevo. Luego, sacó un billete, que tendió a Sloan. Éste lo tomó, lo estuvo contemplando como si fuese algo en verdad extraordinario, y acabó moviendo admirativamente la cabeza.

—¿Sabe, señorita Varetta?: ¡es el primer dinero que gano con mi trabajo en toda mi vida!

—Sorprendente.

—No tanto. Es que soy millonario, ¿sabe? De nacimiento. Conocí una vez a un muchacho que tenía seis dedos en un pie. Y a una chica que tenía un lunar en forma de pera junto al ombligo... Sí, recuerdo que estaba allí porque siempre lo notaba yo en mi vientre... Lo que quiero decir es que cada uno es como es, ¿comprende?

—No.

—Caramba... ¡Uno tenía seis dedos en un pie, la otra un lunar en forma de pera en la barriguita..., y yo un padre millonario! ¿A que no adivina lo que me dijo mi padre cuando nació?

—¿Qué le dijo?

—Me dijo: muchacho, ¡el mundo es tuyo!

—Me parece que su padre no presintió que yo podría nacer, señor Latimer. Adiós.

—¿No quiere el masaje?

—Ya le he dicho que nunca me doy masajes.

—Bueno, pues lo hacemos sin masaje.

—Hacemos..., ¿el qué?

Sloan quedó patitieso de asombro. Luego, alzó los ojos como expresando su pasmo al cielo.

—¡Qué barbaridad...! ¡No me diga que nunca...! O sea que no ha... Ya me entiende, ¿verdad?

—No.

—¿No? Bueno, ¿sabe usted cómo nacen las flores?

—Ni lo sé, ni me interesa.

—¡Ya lo creo que le interesa! Pues verá cómo ocurren las cosas: va un pajarito, y pica en una flor, así que su pico se impregna de polen. Entonces, va a otro sitio, y... O sea, que el pajarito lleva la semilla de la flor de un lado a otro... ¿Comprende?

—No.

—Pues yo lo entendí en la clase de educación sexual —meditó

desconcertado Latimer—. Lo explicaré de otra manera: usted se tiende en...

Tarika se acercó a la puerta, la abrió, y dijo, fríamente, gélidamente:

—Si tarda más de un segundo en salir, pediré al conserje que llame a la policía.

—Vamos, vamos... ¿No comprende que todo era una broma? Lo que pasa conmigo es que soy un poco payaso. Me gusta hacer reír a la gente, y a veces, pues me paso un poco... ¡Pero no me acostaría con usted, se lo aseguro!

—¡Salga de aquí!

—Me parece —movió la cabeza Sloan— que no he estado muy fino, ¿verdad? Bueno, bueno, ya me voy... ¿Hasta mañana en la piscina?

—¡FUERA!

¡Blam!, batió con fuerza la puerta en cuanto Sloan estuvo fuera de la habitación.

Y en el pasillo, Sloan Latimer se quedó ante la puerta, sonriendo ahora secamente. ¿Italiana? Sí, claro: y él era tibetano. Claro que quizá no tuviese importancia, ya que en Tánger cada cual va a lo suyo, aunque las cosas habían cambiado mucho. Carla Varetta no era ni francesa ni italiana. Estaba seguro de que era árabe. Muy bella, quizá con unos rasgos que podían hacerla pasar por europea meridional, pero hasta ahí se llegaba...

Posiblemente, Carla Varetta no tuviese nada que ver con aquello, pero podía ser significativo que, a punto de llegar Antonino Morandi a Tánger, precisamente al hotel Les Almohades, apareciese una muchacha árabe diciendo ser italiana. A fin de cuentas, a veces las trampas no funcionan. Sí, podía ser que, pese a que Antonino Morandi había sido inscrito en un hotel de los más significados, y por tanto fácil de localizar, Carla Varetta no tuviese nada que ver con aquello.

En ese caso..., ¿quizá llegarían otras personas que podían merecer su atención?

Decidió bajar al bar a tomar unos tragos, y ver qué se cocía por allí. De pronto, miró el dinero que le había pagado la bella muchacha por sus servicios de botones, y sonrió divertidísimo. Se le había ocurrido una estupenda forma de gastar aquel dinero.

* * *

Tarika lo tenía ya todo en su sitio, bien ordenado, y estaba preparada para hacer la incursión proyectada a la *suite* de Antonino Morandi cuando sonó la llamada a la puerta.

—¿Quién es?

—Botones, señorita Varetta.

Abrió la puerta..., y se quedó estupefacta al ver el enorme ramo de flores que casi ocultaba al muchacho. Éste entró, dejó el ramo sobre la cama a una indicación de ella, aceptó la propina, y se marchó, sonriente.

Tarika no tardó en ver la blanca tarjeta entre las flores. La tomó y la leyó, frunciendo el ceño:

«Ya tiene las flores. Ahora sólo le falta el pajarito. Llámeme si le sirvo yo».

«Sloan Alas de Oro».

Al primer momento, Tarika se enfureció tanto que fue hacia el teléfono, dispuesta a llamar a Sloan Latimer y decirle lo que opinaba de él exactamente. Pero no llegó a descolgar el auricular. Tenía cosas mucho más importantes que hacer, así que desistió de utilizar el teléfono.

CAPÍTULO III

Tras recibir la llamada telefónica de Tarika,
Wong-Fu

estuvo en su despacho reflexionando durante un buen rato. Parecía haber tomado alguna decisión cuando se puso en pie, apretando un timbre que tenía en un tablero, sobre el escritorio.

Esperó unos instantes, antes de que se abriera la puerta, y uno de sus criados moros hiciera su aparición. Los criados vestían chilaba blanca y turbante rojo. El recién llegado se acercaba a su amo, con evidente respeto.

—¿Señor? —inquirió.

—Vamos a salir, Nafi. Dentro de cinco minutos estaré en el garaje. Debes tener preparado el auto.

—Bien, señor.

Sin más, Nafi abandonó el despacho, dejando a
Wong-Fu

sumido en nuevas reflexiones. Con una mano tanteó sobre el escritorio, hasta que sus dedos tropezaron con una caja, de la que extrajo un largo cigarro, que encendió. Luego, una leve sonrisa, misteriosa, indescifrable, apareció en sus gruesos labios. Sin prisas, dando tiempo a Nafi, echó a andar, apareciendo en el vestíbulo de su lujosa villa situada en las afueras de Tánger, exactamente en La Montagne, la zona residencial, de suntuosas villas y palacios.

Desde la posición en que se encontraba la de
Wong-Fu,

podía verse incluso Cabo Espartel, en la lejanía; aquellas playas rocosas, llenas de grutas.

Instantes más tarde,
Wong-Fu

estaba en el garaje, donde Nafi había preparado el «Mercedes» negro. Wong-Fu se instaló con toda comodidad, y el criado puso en marcha el imponente auto, que abandonó la quinta en dirección a la ciudad.

—A la Ville Ancienne. Me dejarás en las murallas del Palacio del Sultán, Nafi.

—Bien, señor.

Wong-Fu

se dedicó a fumar, entornados los ojos, y no los abrió del todo hasta oír la voz de Nafi:

—Ya estamos, señor.

—Espérame aquí.

Wong-Fu

echó un vistazo en torno. Tenía que descender por una callejuela que hacía una pronunciada pendiente, con escaleras; casi a oscuras. Luego, dar unas vueltas por aquellos vericuetos. Pero aquello no le producía la menor inquietud. Poco después era una sombra más en la silenciosa Kasba, descendiendo en dirección a Le Petit Socco.

Había algunas luces que indicaban otras tantas entradas a lugares extraños, sórdidos, sorprendentes. Una de aquellas luces mostraba unos caracteres en chino, y hacia allí se dirigió

Wong-Fu,

penetrando en un pequeño antro casi con menos luces que en la calle, donde olía a estupefacientes, donde el amor costaba barato, donde los no creyentes encontraban lo que iban buscando.

Al verle entrar, debió producirse alguna reacción por parte de alguien, ya que instantes más tarde se corría una cortina, y aparecía una figura un tanto exótica. Una mujer de edad indefinible, aunque no debía ser muy vieja, a juzgar por sus formas, notorias aún, bajo un «ifú» chino, una especie de pijama de satén, de color negro.

Wong-Fu

avanzó hacia ella. El rostro de la mujer permanecía impassible, pero su voz, al sonar, delató cierto grado de tensión:

—¿Tú por mi casa,

Wong-Fu?

—musitó.

—Te necesito, Coral.

—Comprendo... Pasa.

Segundos más tarde, la cortina los ocultaba a ambos. Coral caminaba por delante, guiando a

Wong-Fu

en dirección a una estancia de decorado enteramente chino; debía ser la habitación privada de Coral, una más de aquel raro laberinto de cinco salidas clandestinas distintas, por si, como ya había ocurrido en alguna ocasión, la policía tenía ganas de trabajar.

Se acomodaron en sendos almohadones, entre biombos, dragones, farolillos... Era un lugar sedante, silencioso. Coral miraba con mucha fijeza a aquel hombre.

Por fin, murmuró:

—Supongo que no has venido a repetir aquel falso: «ou al ni»... aquel falso «te quiero», de cierta ocasión, en San Francisco, en Estados Unidos.

Wong-Fu

se humedeció los gruesos labios.

—No, Coral —dijo—. Aquello quedó atrás. Creí que lo habías olvidado.

—Una mujer no olvida nunca a un hombre que le ha dicho que la ama, aunque luego resulte ser falso. Sin embargo, no hay rencor. Nuestros caminos se separaron, y quizá haya sido mejor así. Ahora, me necesitas, y me alegro,

Wong-Fu.

Te demostraré que es cierto lo que digo: no hay rencor.

—Gracias, eres muy comprensiva. Yo, no lo ignoras, elegí un peligroso camino. Preferí apartar de mí a las personas que hubieran podido sufrir por mi causa.

—¿Sigues siendo espía?

—Sí.

—¿Trabajas para Formosa?

Wong-Fu

negó con un lento movimiento de cabeza.

—Ya no. Se olvidaron de mí cuando los necesitaba.

—Está bien. ¿Qué deseas de mí?

—¿Quieres ir al grano? ¿No hablaremos de...?

—Estás impaciente... Te conozco bien,

Wong-Fu.

Tu tiempo es valioso. No existe razón alguna para perderlo, pues.

¿En qué puedo ayudarte?

—Sé cómo te desenvuelves, Coral.

—Hay que hacerlo para subsistir. Gano mucho dinero.

—Ya... Quiero que me ayudes a eliminar a un hombre.

—Bien. ¿Quién es?

—Se llama Thi-Siung. Es cuanto puedo decirte de él, Coral. No es mucho, ya lo sé. No obstante, ese hombre ha llegado hace poco a Tánger, y he pensado que un chino recién llegado a Tánger apenas debe poder resistir la tentación de ir a comer o a cenar a La Pagode. Se cree desconocido, y... Bueno, si yo tuviera que empezar a buscar, partiría de ahí.

—Está bien,

Wong-Fu.

Buscaré a ese hombre.

—¿No preguntas más?

—No.

—Como quieras... Te explicaré sucintamente que después de echarme, de olvidarme, me exigen algo que no estoy dispuesto a dar.

—No es justo... O no lo parece, al menos.

—No lo es. Ahora, Coral, hablemos de compensación.

Coral pareció sumirse en una larga reflexión. Por fin, silenciosa, se puso en pie, y fue hacia un rincón, en busca de algo. Una botella de *whisky* y dos vasos. Ella sonreía al mostrar la botella.

—Me sigue gustando —dijo—. ¿Y a ti?

—Por supuesto.

Ella se sentó. Sirvió sendas raciones, una de las cuales pasó a manos de

Wong-Fu.

Éste miró a Coral a los ojos, y murmuró el brindis ritual de los chinos, cuando beben juntos:

—

Kan-pei

.

—

Kan-pei...

—respondió ella.

Bebieron, con cierta ceremonia. Luego,

Wong-Fu
murmuró:

—¿Y la compensación, Coral?

—Ya está. Hemos bebidos juntos, en armonía después de algunos años sin vernos. Por esta vez, es todo,

Wong-Fu.

—No puedo aceptar que...

—Por favor.

Ella sonreía, y brindaba de nuevo.

—Quizá algún día nos veamos de nuevo, Coral —musitó

Wong-Fu.

—Ven cuando me necesites.

—No... Vendré sin necesidad; sólo por verte, y...

—No hagas el esfuerzo. No podemos retroceder en busca de lo que quedó atrás. Lo que dejamos pasar, quedó lejos en el tiempo. Tan sólo, cuando hayamos eliminado a Thi-Siung, te lo haré saber, para que vivas tranquilo.

Coral se puso en pie, y

Wong-Fu

la imitó. No debía insistir, ni decir una palabra más. Lo indicaba así la actitud de Coral. Se despidieron con brevedad, y

Wong-Fu,

casi sin darse cuenta, se encontró de nuevo en la calle. Pero se sentía feliz. No dudaba de la eficacia de Coral para ciertas cuestiones.

* * *

Tal como se había propuesto al cerrar los ojos, Sloan Latimer despertó cuando estaba a punto de romper el alba. Ya había cierta claridad en el horizonte.

No encendió luz alguna. Se quitó el pijama, y se puso un polo negro, y pantalones oscuros. No se calzó. En cuanto al cambio de ropas, era forzoso, para no destacar en la fachada del hotel, ya que sus intenciones eran saltar a *lasuite*contigua, por la terraza, único punto de acceso. Pasó a su propia terraza, y echó un vistazo a la dormida ciudad, a la mansa playa que, allá a lo lejos, en la raya del horizonte, parecía roja.

Era sencillo pasar por entre barrotes y plantas a la terraza de

lasuitecontigua; esto es, a la de Antonino Morandi. La operación resultó breve, y, como esperaba Sloan, sin el menor contratiempo. Tampoco tuvo mayores dificultades para abrir las puertas de la terraza, ya que iba preparado para ello. Poco después, se encontraba en lasuitereservada para Antonino Morandi desde Roma.

En línea recta, apenas bordeando un sillón, se dirigió hacia un lugar donde, junto a un cuadro con motivos moros, había un aplique de luz. La mano derecha de Sloan estuvo tanteando unos instantes, con delicadeza, hasta que un diminuto objeto se desprendió, quedando en su diestra.

Nada más tenía que hacer allí, por el momento, así que se dispuso a efectuar el regreso a su propiasuite,lo que realizó con las mismas facilidades. Dejó las persianas entornadas, y con la cápsula que llevaba en la mano se dirigió hacia el cuarto de baño, donde ya tenía preparado un pequeño laboratorio de revelado fotográfico. Media hora más tarde salía de allí, ya con unas diminutas fotografías en la mano.

Fue hacia la claridad, y su mirada se posó, una a una, en las fotografías, en aquella serie de instantáneas. La sonrisa de Sloan en aquellos momentos mostraba cierta dureza, aunque había también algo de ironía. Por lo visto, Carla Varetta, la falsa italiana, no estaba tan cansada como dijo... Aparecía en todas las instantáneas, que reproducían sus pasos, sigilosos a juzgar por su actitud, desde el momento en que penetró en lasuitede Antonino Morandi. ¿La hora? Poco importaba. Carla se habría asegurado de no ser vista; tan sólo que no había sospechado la existencia de una célula fotoeléctrica, impresionable desde el momento en que se abría la puerta de lasuite.

En la última fotografía, Carla se veía de espaldas, saliendo. La más importante era aquélla en que se veía a Carla inclinada, depositando algo bajo un sillón de la suite. Probablemente, un micro, un repetidor de sonidos.

Sloan examinó un poco más las fotografías, pero éstas ya habían cumplido su cometido: delatar la presencia de extraños interesados por Antonino Morandi.

Latimer fue hacia el cuarto de baño, y lo quemó todo; negativos y fotografías. El conocimiento de lo ocurrido era más que suficiente para él. Luego, ya con las manos limpias, salió al dormitorio, se

sentó en un sillón, y pareció dormirse; una falsa actitud, ya que la realidad era que estaba calculando todos sus movimientos para el día que acababa de nacer.

Y así pasó el tiempo, hasta que Sloan, absorto por completo en sus pensamientos, respingó cuando sonó, un tanto estridente, la llamada del teléfono, aquel timbrazo repentino.

Recordó de inmediato lo que ocurría, y dejó que el teléfono sonara un poco más. Por fin, tomó el teléfono, y su voz sonó como un chirrido, agria, destemplada:

—¿Quién es...? ¿Quién...?

—¿*Monsieur* Latimer?

—Sí... Oiga, ¿qué sucede? ¿Hay fuego en el...?

—Soy el recepcionista. Perdone, sólo quería comunicarle que ella... ya sabe a quién me refiero, ha salido: está en la piscina...

—¿Ella? ¡Estoy muerto de sueño...!

—Perdón, *monsieur*... Anoche...

—¡Al demonio! ¡No molesten!

Y colgó.

Con una sonrisilla, se acercó a las persianas, de costado. No era probable que Carla le tuviera muy en cuenta, pero nada costaba adoptar ciertas precauciones. Se situó de modo que, sin ser visto, pudiera observar lo que ocurría abajo, en el césped de la piscina. No había duda, Carla era muy madrugadora: allí estaba, sola, preparando sus cosas. Tendía la toalla en el césped, se quitaba el albornoz... Sloan pestañeó al ver aquel soberbio cuerpo, ceñido por un dos piezas casi insignificante: un cuerpo moreno, cimbreante, pletórico; unas piernas monumentales, unos senos de tremenda pujanza...

El espectáculo no duró mucho, ya que Carla se echó al agua.

Con tanta paciencia como un santón hindú, esperó su momento, allí quieto, observando. Tras un corto baño, Carla salió del agua, y se tendió en la hierba, sobre la toalla, enfrentada a la fachada de las terrazas, y su mirada muy fija en la correspondiente a las *uitede Morandi*.

Y así, cuestión de una hora, hasta que Carla se cansó. Estaba recogiendo sus cosas, cuando Sloan actuó a su vez. En un minuto se despojó de sus ropas, y se puso unos «Bermudas» de alegre estampado. Un albornoz por encima, se desgremó a conciencia, para

a continuación poner cara de velocidad y de estupidez al mismo tiempo, y, de esta guisa abandonó *lasuite*, corriendo escaleras abajo, hacia el vestíbulo.

Justo. Cuando Sloan iba a salir, Carla ya entraba.

Casi tropezó con ella.

—¡Carla...! —exclamó, con un gemido—. Yo... yo iba...

—Ha sido muy poco madrugador, *monsieur* Latimer.

—Pero... ¡Me dormí, maldita sea...! No creí que fuese cierto que le agradaba bañarse a solas, y tan temprano...

—Pues ya ve.

—Yo...

—Permítame, señor Latimer. Tengo que ir a mi habitación.

—Estoy desolado, avergonzado... Carla, permítame reparar mi falta... Permítame invitarla a almorzar...

—No, gracias.

—Pero...

—Primero, me invitaría a almorzar; luego, a cenar. Y así, sucesivamente, hasta el final que usted busca.

—No, no, se lo aseguro. No podría cenar con usted. Tengo un estúpido compromiso con un amigo que... ¡Qué horror!, me va a invitar a cenar: montañas de dátiles, verdaderas montañas de dátiles...

—Que le aprovechen, señor Latimer.

—¡Ni siquiera me ha dado las gracias por mis flores!

Carla se fue, como si no hubiese oído, dejando desolado al señor Latimer. Éste soltó un suspiro, y su mirada se cruzó con la del recepcionista, que se apresuró a desviarla. El tipo parecía algo dolido por el ingrato pago de *monsieur* Latimer a sus servicios.

Sloan se acercó a él.

—Lo siento, *monsieur*. Yo cumplí mi...

—Sí, sí. Todo es culpa mía... Bebí demasiado anoche, y esta mañana me sentía muy pesado cuando usted me llamó... No sé qué hacer para reparar esta tragedia...

Y se marchó, gimiendo, meneando la desgredada cabeza.

En aquellos momentos, también le apetecía nadar un poco. De paso, echaría un vistazo, desde el exterior, a *lasuite* de Morandi, aunque no creía que Carla se arriesgara de nuevo a entrar, dado que había colocado ya el micrófono; con eso ella debía considerar que

ya era suficiente.

* * *

En *susuite*, a solas, Carla se aburría soberanamente. Tenía en el oído derecho el auricular del receptor, pero eran ya más de las once y no se había producido el menor movimiento en *lasuite* de Morandi. Carla se limitaba a estar tumbada, fumando de vez en cuando, aún ataviada con el «bikini» desbordado por la fabulosa anatomía, pensando en sus cosas...

Eran alrededor de las once y media de la mañana cuando se irguió, quedando un poco tensa. Por lo pronto, parecía que se había abierto la puerta de *lasuite* de Morandi, si no oía mal. Se oían rumores. Luego, distinguió con toda claridad una voz:

—Deja el equipaje bien colocado, Oqba.

—Sí, *monsieur*.

—El señor Morandi llegará esta tarde, o mañana, según ha anunciado.

—¿Está bien así, *monsieur*?

—Sí. Hay que causar buena impresión al cliente, y demostrar que nos ocupamos de él. Es nuestro trabajo. Bien... Listos. Vamos.

Volvieron los rumores, y se oyó con claridad el sonido de la puerta al cerrarse. Carla se quitó el auricular del oído, y quedó unos instantes pensativa. Por lo visto, podía ya ejercer una vigilancia más tranquila, menos tensa... Le fastidiaba un tanto la presencia de aquel estúpido americano llamado Latimer, ya que, por lo visto, no iba a dejar de molestarla, por lo que debería dejarse ver lo menos posible por él. Decidió vestirse, ya que la hora del almuerzo se echaba encima. Se quitó el «bikini» por el camino, y se metió en la lucha; unos minutos bajo el agua la dejaron fresca. Al salir, envuelta en una toalla, lo primero que hizo fue dirigirse al teléfono automático, de línea exterior. Descolgó, y marcó un número.

Segundos más tarde, recibía respuesta:

—¿Sí?

—Soy yo, Nafi. Quiero hablar con Wong-Fu.

—Bien.

Wong-Fu
estaba al teléfono instantes más tarde.

—¿Tarika?

—Llegará esta tarde, o mañana. El equipaje ha llegado antes que él. Si no llega esta tarde, quizá me decida esta noche a correr el riesgo de registrarlo. Pero, como sea, está perfectamente controlado.

—Es una gran noticia. Todo marcha bien, Tarika.

—Le concederé un margen, para que pueda ponerse en contacto con alguien. Será interesante saber a quién hemos de eliminar a continuación de Morandi...

—¿Necesitas ayuda?

—De momento, no. Prefiero estar a solas aquí. Ya le llamaría de producirse novedad.

CAPÍTULO IV

Había sido un día lento, pesado, para la bellísima Tarika. No se había producido la llegada de Morandi aquella tarde, y era de esperar que el hombre destacado por la CIA no se presentara hasta el día siguiente.

A la hora de la cena, Tarika decidió abandonar su vigilancia y despejarse un poco. Podía permitirse el lujo de cenar sin prisas, escuchar un poco de música, observar el ambiente... Y todo ello, a solas, sin la molesta presencia de Latimer, que aquella noche iba a cenar montañas de dátiles, según su propia expresión.

Después de cenar, Tarika se metió en el ascensor; lo abandonó en su piso, y fue hacia la puerta de *susuite*. Entró, cerró con el cuerpo, e iba a encender la luz, cuando llegó aquella orden ronca, un tanto seca:

—No encienda la luz.

Tarika vibró un instante, con temor. Se impuso cierta serenidad, y quedó quieta, tratando de ver a quien fuese, inmerso en la penumbra de *lasuite*. Penetraban franjas horizontales de claridad a través de las persianas, y pudo ver por fin al hombre sentado en un sillón, de cara a la puerta. Un hombre apoltronado en el asiento, empuñando una automática ominosa, enorme, alargada por el tubo silenciador.

Era un árabe.

Un árabe de chilaba a rayas, muy discreta, y con turbante claro. Un tipo con barbita y bigote, muy negro; además, llevaba unas gafas redondas, oscuras, lo cual, al parecer, no le impedía en absoluto una perfecta visibilidad.

—¿Quién es usted? —musitó Tarika.

—Acérquese y tome asiento. Frente a mí. Procure no molestarme

con movimientos fuera de lo normal —hablaba, con tono seco el árabe.

Preocupada, pero entendiendo que por el momento no podía hacer otra cosa que obedecer, Tarika acercó un taburete con tapizado de terciopelo, y se sentó, cruzando las soberbias piernas.

—¿Cree que podemos hablar con tranquilidad? —inquirió el árabe.

—¿Por qué no? —dijo Tarika, reaccionando—. Si sólo se trata de hablar Pero me gustaría saber con quién hablo.

—Soy Moulay ben-Mohammed.

—Puede llamarme Tarika. ¿Realmente es necesaria esa pistola?

—La pistola es una precaución necesaria, en principio. Ahora, voy a hablar claro. Tal vez le parezca inverosímil, pero empezaré por decir que yo sé mucho más que usted de lo relativo a Wong-Fu.

Mucho más, Tarika.

—Verdaderamente, parece inverosímil —sonrió Tarika, y sus blanquísimos dientes destellaron en la penumbra.

—Puedo demostrárselo.

—Hágalo. Además ¿importa realmente que usted sepa más que yo sobre Wong-Fu?

—¿Cuánto tiempo hace que le conocen? —inquirió, a su vez, Moulay.

—Pues..., aún no hace un año.

—¿Mucha actividad?

—No... No mucha.

—Pero la última operación sí ha sido importante, ¿cierto?

—Tal vez —dijo, cauta, Tarika.

El árabe de la barbita negra y gafas oscuras emitió una breve risa.

—Son inútiles las evasivas —dijo—. Conozco esa operación. De otro modo no estaría aquí, hablando con usted. Pero sigamos con el mestizo, con Wong-Fu.

Veo que le conoce desde hace muy poco. Le ampliaré con brevedad su historial. Wong-Fu fue agente de los servicios secretos de la China Nacionalista de Chiang-Kai-Shek. Ejercía esa actividad en

Estados Unidos, más concretamente en San Francisco. Alguna vez fue colaborador con los servicios de espionaje del mencionado país.

—No veo el interés de todo eso.

—Ya llegará... Como usted sabe, al ser admitida la China de Mao en las Naciones Unidas se produjeron grandes reacciones, en especial por los chinos de Formosa. Éstos, lentamente, se vieron obligados a abandonar posiciones, ante la avalancha de países que establecían relaciones diplomáticas y comerciales con Mao. La China Roja hoy está reconocida por el mundo entero, y muchos consulados de Formosa ven cerradas sus puertas; los diplomáticos, o bien abandonan los países donde estaban establecidos, o prosiguen unas pobres relaciones, reducidos en pequeñas oficinas, mero símbolo de algo que ya no es.

—Una lección de política. Pero sigue sin interesarme, Moulay.

—Wong-Fu, en Estados Unidos, cayó en desgracia, y tuvo que abandonar el país. Los chinos de Chiang-Kai-Shek, para quienes Wong-Fu

había estado trabajando, lo olvidaron, le abandonaron a su suerte.

—Ya... Y ahora, trabaja por su cuenta.

—Es un decir, Tarika. No le dejan.

—¿Está seguro?

Wong-Fu

hace lo que quiere, ya que nuestro grupo es independiente...

—Lo ha sido hasta que

Wong-Fu

se ha limitado a operaciones que no han sido calificadas como importantes.

—Debo admitir que es cierto: a excepción de la última, nada notable habíamos hecho.

—Pues esa última operación ha movilizado a más gente de la que usted cree, Tarika. ¿Sabe de quién recibió

Wong-Fu

la confidencia de que Morandi, un agente de la CIA, ha reservado plaza en este hotel y se dispone a emprender la reorganización de la red americana en Tángier?

—Vaya... ¿Usted también sabe eso?

—Es evidente. Pero responda a mi pregunta: ¿sabe quién es el confidente de

Wong-Fu

en esta ocasión?

—Lo ignoro. No lo dijo.

—Yo sí se lo voy a decir: fue un agente de Formosa. Ahora, los servicios secretos de Formosa, o sea, la China Nacionalista, teniendo en cuenta la importante operación de

Wong-Fu,

le exigen... no digamos participación, porque no es cierto; lo que le exigen es la totalidad de la operación, el producto de ésta. Le obligan. El representante de Formosa es un chino llamado Thi-Siung. Sé dónde hallarle, y podré matarle en el momento oportuno. Así pues, si usted se molesta en reflexionar un poco comprenderá una cosa: la posición de

Wong-Fu

es delicada, de auténtico equilibrio, entre dos fuerzas superiores, que pueden aplastarle con facilidad. Una de ellas es la CIA. La segunda, es la que representa el propio Thi-Siung.

—¿Cómo sabe usted todo eso?

El árabe esbozó una sonrisa.

—Yo soy una tercera fuerza interesada. Pero hay una diferencia notoria entre lo que yo represento, y las posiciones de Thi-Siung y la de Morandi. Éstos intentarán por la fuerza, como sea, decantar la situación en su favor. Yo también quiero obtener los beneficios de la operación de

Wong-Fu.

Pero la diferencia sustancial entre la CIA, Thi-Siung, y yo, consiste en que yo pago. Exacto: yo pienso pagar. Concretamente: comprar.

—¿Por qué, entonces, no se ha dirigido a

Wong-Fu

en ese sentido? —se desconcertó Tarika.

—¿Me cree estúpido? No, no... De ningún modo. Wong-Fu está en estos momentos controlado por la CIA y por Thi-Siung... Se va a desencadenar una guerra, y ya es sabido que las guerras las pierde siempre el más débil. ¿Sabe quién es el más débil entre

Wong-Fu,

la CIA, y los espías de Formosa?

—Imagino que

Wong-Fu

—susurró Tarika.

—Exacto. No pienso acercarme a Wong-Fu,

por lo tanto. Sería correr un riesgo absurdo, por lo innecesario.

—Le entiendo. Pero ¿cómo sabe usted...?

—No se sorprenda tanto. Yo tengo mis medios propios para averiguar aquello que me interesa. Mi postura, además, no puede ser más clara: no quiero tratar con Wong-Fu.

Está rodeado. Morandi y Thi-Siung le harán papilla, ello sin perjuicio de que, a continuación, Morandi y Thi-Siung se destrocen entre ellos. Tienen fuerzas parejas, por lo que he podido observar. Además..., ¿por qué

Wong-Fu

no les ha confesado a ustedes que está en apuros?

—No sé... Es cierto que debió decirnos a sus colaboradores que su confidente era un chino que lo que busca es el beneficio de la operación...

—Intentaré hacerle comprender a usted por qué

Wong-Fu

no les dijo una palabra de esto a ustedes: porque

Wong-Fu

teme que le traicionen, que deserten y le dejen solo. Su cabeza, entonces, no vale nada. Pero

Wong-Fu

está ahora convencido de hallarse en medio del fuego. No ha sido leal con ustedes, sus colaboradores.

—¿Por qué se dirige a mí, y me explica todo esto? —susurró Tarika.

—Es muy sencillo: no he podido acercarme a nadie más. Usted está aquí aislada en cierto modo; en espera de Morandi... Creo que es una utopía el que usted pueda eliminar a Morandi, pero allá cada uno con sus ilusiones. Además, no le serviría de nada. En realidad, la llegada de Morandi no será otra cosa que la señal de iniciar la guerra: los demás de la CIA están ya aquí. Existe, por ahora, un plazo que se está respetando, porque conviene: el plazo concedido por Thi-Siung aprovechando la demora de Morandi. Es un plazo que alguien debería aprovechar. ¿Me comprende?

—¿Sugiere que... yo debo traicionar a Wong-Fu?

—Tal vez ésa no sea la palabra apropiada... Digamos también que antes

Wong-Fu

no ha sido leal con ustedes. Y creo que voy a pasar de lleno a mi proposición, exclusiva para usted: a cambio de la mercancía que obtuvieron en su operación, yo le ofrezco el equivalente a un millón de dólares, en la moneda que sea de su preferencia, Una fortuna que usted podrá disfrutar a solas. Entrégue me la mercancía, cobre su dinero, huya, y deje que la CIA y Thi-Siung despedacen a

Wong-Fu,

y luego entre ellos. Usted estará lejos y a salvo.

—No deja de ser una peligrosa traición, Moulay... —susurró Tarika, un tanto estremecida.

—Veo que se empeña en utilizar el término. Bien. Tiene unas horas para reflexionar. Si se queda, puede perder la vida, sin beneficio alguno. Si acepta mi proposición, puede ganar un millón, la vida, y la libertad. Wong-Fu está al borde del precipicio. ¿Va a caer usted abrazada a él?

—No sé... Tengo miedo, ésa es la verdad.

—Todos, alguna vez, tenemos miedo. Pero hay oportunidades que no debemos dejar pasar.

—Usted podría estar engañándome, Moulay.

—¿En qué sentido?

—No sé.

—¿Cree que le miento con respecto a Thi-Siung? En este caso, hay una prueba sencilla a realizar. Llame por teléfono a

Wong-Fu,

y háblele de Thi-Siung; le sorprenderá la reacción, se lo aseguro.

—Tal vez lo haga.

—Como guste, pero sería una imprudencia, ya que pondría en guardia a

Wong-Fu.

—Diga, Moulay: ¿a quién representa usted?

—Soy árabe, ¿no?

—¿Quiere decir con eso que la mercancía robada interesa a los árabes?

—Interesaría a todo el mundo.

—Ya. Bien, tengo que pensarlo.

—Como quiera. Sólo dispone de horas. Yo no estaré muy lejos, pero tampoco imprudentemente cerca de usted.

Tarika meneó la cabeza.

—Creí que

Wong-Fu

era más sólido... —susurró.

—Nunca lo es un espía conocido en exceso, Tarika.

—Claro... Los demás le creen muy inteligente, pero a mí nunca me lo ha parecido tanto...

El árabe se puso en pie, se acercó a Tarika, y alargó la diestra, acariciando el rostro de la bella mora, sin que ella hiciera otra cosa que alzar la mirada, intentando una vez más, en vano, taladrar el cristal oscuro de aquellas gafas.

—Usted es muy hermosa, y joven, Tarika... Sería lamentable que no acertara en su decisión.

—No es tan fácil huir, esconderse, quedar protegida, tras una traición como la que usted me propone.

—No lo ignoro. En este caso, digamos que puedo ampliar mi oferta: usted viene conmigo. Huimos juntos.

Tarika esbozó una sonrisa.

—¿Cree que es una oferta muy atractiva para mí? —inquirió.

—¿Por qué no?

—Usted puede matarme, y ahorrarse un millón de dólares. ¿No es sencillo?

—Podría hacerlo, pero no lo haré, si acepta.

—¿Cuáles son las garantías? —inquirió Tarika.

—Una muy sencilla: quiero acostarme contigo. Y no una sola vez, sino gozarte largo tiempo. Eres tan hermosa... y hueles a hembra. Pero eso tú ya lo sabes, ¿verdad?

—Mire...

—No perdamos más tiempo. Yo insistiré dentro de pocas horas, poco tiempo. Toma una decisión rápida. Yo, como la CIA y Thi-Siung, tengo aquí a mi gente, también. No estabais tan solos como creáis, ¿verdad? Tú me conduces al lugar donde está la mercancía, y el resto es sencillo.

—Lo pensaré, Moulay.

La mano del árabe había descendido por el escote de Tarika; ella estaba quieta, mirándole. No podía hacer otra cosa, puesto que era la zurda del árabe la que hurgaba en sus senos, mientras que con la diestra seguía empuñando la pistola Tarika se estremeció ante el contacto de aquella mano, que fue grosero al principio, pero..., ¡qué estupidez!, no debía agradarle que aquel puerco la estuviera acariciando, sin más. No debía gustarle, pero... le gustaba... Se estaba poniendo tierna, y su respiración comenzó a agitarse, hinchando más sus erguidos senos...

Iba a decir algo, pero, de pronto, él se anticipó.

—Perdona esta pequeña medida de cautela...

Y le asestó un golpe casi suave en el cuello. Sólo con la potencia justa para que Tarika quedara sin conocimiento. No cayó al suelo, porque el árabe la sostuvo. Con toda facilidad la trasladó al sillón, y antes de salir de la *suitela* estuvo observando unos instantes.

—Verdaderamente, eres muy hermosa —sonrió—. Y no tengo por qué privarme de un pequeño capricho...

Era un capricho que había tenido cuando la había estado viendo en bikini junto a la piscina: verla desnuda. Y eso era tan fácil en aquellas circunstancias. Sólo había que desnudarla, lo cual hizo Moulay con gran rapidez y habilidad. La bella morita quedó tendida sobre la alfombra, a la luz de la luna, que relucía con una tonalidad de bronce viejo sobre sus bellas formas de carnes tensas.

—Fantástica —se felicitó a sí mismo Moulay.

Como despedida, tomó una flor de un jarrón, y colocó el extremo del tallo en el ombligo de Tarika. Se quedó verdaderamente pasmado cuando la flor quedó allí, cimbreado sobre el fresco tallo.

—¿Qué te parece? —dijo en voz alta—: una bella odalisca convertida en maceta. Desde luego, algunas mujeres son capaces de parir cualquier cosa...

CAPÍTULO V

El taxi había dejado al árabe en el Petit Socco. Una carrera no muy larga, pero sí discreta. El resto del camino Moulay ben-Mohammed se proponía hacerlo a pie.

Caminaba con gran seguridad, sin sentir, al parecer, el menor recelo por la oscuridad de aquellas callejuelas con escaleras de la Kasba, que estaba recorriendo hacia su guarida, ante cuya puerta llegaba poco después. Moulay introdujo la llave en la cerradura, hurgó un poco, y la puerta emitió un ligerísimo chirrido al abrirse.

Pasó al interior a oscuras. Tal vez Moulay sabía orientarse en la oscuridad, ya que caminó como si fuese a pleno sol, hacia un lado de aquel cuadrículo, de aquel patio moro interior, que distribuía la casa cuadrangular. Empujó una de las puertas...

Al abrirse la puerta, algo emitió un destello. Y sólo gracias al destello, que rasgó por un instante la penumbra, el árabe pudo reaccionar a tiempo; de ahí que aquella puerta que había dejado entornada al primer empujón, fuese cerrada por Moulay de pronto, con fuerza, justo a tiempo de atrapar entre la puerta y el marco, con violencia, aquel brazo armado con un cuchillo.

Al otro lado de la puerta se oyó un ronco grito de dolor, que hizo fruncir el ceño al árabe, quien presionó más, al mismo tiempo que con la diestra, ya armada, pegaba en aquella mano. Tuvo que repetir el golpe, hasta que el cuchillo cayó al suelo. Lo alejó con un puntapié, y abrió la puerta entonces, por sorpresa, agarrando aquella muñeca femenina, y tirando de la mujer, que entró dando traspiés, hasta que en un violento giro que le imprimió Moulay fue a estrellarse contra la pared..., mientras dos sombras más aparecían en aquellos instantes, relucientes los cuchillos en alto. Moulay apretó el gatillo de la automática. Sólo se proponía herir, pero la

sombra se proyectó encima de él y el plomo se hundió en el pecho de aquella figura humana. El grito de dolor fue apagado; un gemido angustioso, que se repitió cuando la tercera atacante lanzó una cuchillada, un poco a ciegas, y la hoja de acero se clavó en la espalda de su compañera ya herida de muerte por Moulay, que se apartó, y el cadáver, encogido, cayó casi a sus pies.

La tercera atacante, a la desesperada, trató de recuperar el cuchillo clavado en la espalda de su compañera, pero el árabe se anticipó, y le asestó un seco y fuerte golpe en la mandíbula con el cañón de la pistola. Se oyó un chasquido desagradable, como de caña al romperse, y en súbito silencio, con un fuerte trauma, aquella mujer quedó tendida en el suelo.

Moulay giró hacia la que había chocado contra la pared, y se acercó a ella. La ayudó en sus esfuerzos para incorporarse, y agarrándola de un brazo la condujo a la estancia en la que había pretendido entrar cuando se produjo el inesperado ataque.

Moulay acababa de descubrir los rasgos orientales de aquella mujer a la que arrastraba. Supuso de la misma raza a las otras dos, una de las cuales estaba muerta, y la otra necesitaría una intervención quirúrgica en su mandíbula. Mala suerte... para ella, claro. Entró en una habitación, cerró la puerta, y encendió una luz; una bombilla en un rincón, en un lugar cuadrado, con algunos paquetes que parecían olvidados. No había mobiliario. Sólo dos mantas, que podían servir de lecho, y un viejo almohadón.

A través de sus gafas amoldables a la claridad ambiente, Moulay contemplaba a aquella joven china, que comenzaba a retorcerse tratando de escapar de aquella férrea mano.

—Estate quieta —gruñó, en francés, Moulay; le colocó la punta de la pistola bajo el menudo seno izquierdo, y ella cesó, quedó encogida—. ¿A qué se debe esto?

—No... no le buscábamos a usted... —pudo jadear la chinita.

—¿A quién, entonces?

—A un chico... Se llama Thi-Siung. Estuvo en La Pagode, y... Bien, nos equivocamos: nuestras indagaciones han sido erróneas... Pero su pista nos trajo aquí.

—Esto puede ser mentira. ¿Quién os ha enviado?

La chinita parecía dispuesta a callar. El árabe, entonces, de un tirón la dejó casi desnuda, rasgadas las ropas desde el cuello al

vientre... Un ramalazo de miedo flotó en los oblicuos ojos oscuros de la joven china.

—Trabajamos para... para Coral...

—¿Coral? ¿Y para quién trabaja Coral?

—Para quien paga.

—Entonces alguien pagó a Coral para que ésta enviara a sus pequeñas fieras asesinas contra un tal Thi-Siung. En cierto modo, debo felicitaros por haber localizado este escondite.

—Conocemos muy bien todo esto...

—Claro. ¿Qué más hacéis para Coral?

—Todo. Todo lo que tenga un precio.

—¿Sabes quién pagó a Coral para que vosotras mataseis a ese Thi-Siung?

—No nos da explicaciones de eso.

Moulay vaciló, y acabó por creerlo. De todos modos, no había que hacer grandes esfuerzos para comprender quién pagaba en aquella ocasión. La chinita le estaba mirando con fijeza, quizá con una súplica en el fondo de sus bellas pupilas. Moulay actuó por sorpresa dejándole sin conocimiento con un golpe en la sien. La dejó caer al suelo, y luego se dirigió hacia el montón de paquetes que parecían olvidados allí desde hacía largo tiempo. De entre los paquetes, tras apartarlos a manotazos, eligió tan sólo uno, rectangular, aplastado, bien embalado, pese a su primera capa de polvo y mugre. Con aquel paquete bajo el brazo, Moulay abandonó la estancia, tras dirigir una mirada a la joven china desvanecida.

Meneó la cabeza, ya en el cuadrículo distribuidor, al ver a la muerta. Le disgustaba aquella muerte, pero el ataque, realmente, le había sorprendido, y había reaccionado instintivamente.

También echó un vistazo a la asesina de la mandíbula fracturada. Acabó por encoger los hombros, y salir de allí. Poco después, estaba en la misteriosa y estrecha calle, a solas. Como una sombra más: un árabe de chilaba a rayas, turbante, barbita, gafas oscuras, y un paquete cuadrangular bajo un brazo. Eso era todo.

Descendió las escaleras de la calle, dirigiéndose hacia la más ancha que conducía al Petit Socco. Por una calle transversal podía salir a rué de

l'Italie,

o bien al Grand Socco. Optó por la primera calle, donde había

cabinas de teléfonos. Ya en rué de
l'Italie,

Moulay se encontró en una calle más amplia, con algunas luces públicas, con cierto tránsito. Pasaba por completo desapercibido cuando se metió en una cabina telefónica, desde la que efectuaba una llamada instantes más tarde.

Se puso Nafi al teléfono, e indicó a Moulay que esperase unos instantes. Por fin, llegó la voz de

Wong-Fu:

—¿Sí...?

—Está cometiendo errores,

Wong-Fu

—dijo, en chino, Moulay—. Errores de consideración.

Se produjo una pequeña pausa. Luego, con una especie de jadeo, la voz de

Wong-Fu:

—Usted es Thi-Siung...

—En efecto. Acabo de librarme de tres asesinas. Tengo que advertirle que ni tres ni treinta conseguirán sus propósitos. Ha dado un mal paso, ¿lo comprende?

—Está equivocado, Thi-Siung. Yo no...

—Acabemos. Quiero esa mercancía para China Nacionalista. Para eso estoy en Tánger. Además, usted sigue afecto a nosotros. Ya sabe: con nosotros, o con nadie. Hay lazos de los que uno no puede desligarse cuando quiera; son eternos. Métase eso en la cabeza,

Wong-Fu.

—¡Ustedes no me ayudaron cuando les necesité! Me ignoraron...
¡Les tenía sin cuidado mi suerte!

—Ahora hemos cambiado de opinión, y eso es todo.

—Así, tan sencillo...

—Es lo inteligente: hacer fácil lo que parece complicado.

—Mire, Thi-Siung...

—Escuche usted. Tiene las cosas más complicadas de lo que cree, y lo único que se le ocurre es la torpeza de querer deshacerse de mí, utilizando para ello los servicios de asesinos profesionales. Ni siquiera ha podido confiar en su gente. Como usted quizá sepa, Morandi llegará mañana, y su red le espera. Además, estoy yo, dominando la situación con mis colaboradores, y aún hay más que

le conviene saber: alguien más ha entrado en liza.

—¡No es posible! Usted me está diciendo que todo el mundo me ha descubierto, que soy acechado, vigilado, que me están acorralando... ¡No es posible!

—Pero así es, sin embargo. Le diré quién acaba de intervenir en este asunto. Se trata de un árabe llamado Moulay ben-Mohammed. Huelga decirle que ese hombre está aquí con su grupo, dispuesto, como yo mismo, y como la CIA, a hacerse con los materiales que usted robó.

—No puedo creerle, Thi-Siung. ¡Quiere asustarme!

—No diga tonterías. Para asustarle me basto yo. Reflexione bien. Otra cosa... Ése árabe ha entrado en liza de un modo bastante inteligente, atacando los puntos débiles. Me refiero, concretamente, a Tarika, la mora que usted ha apostado en Les Almohades, esperando a Morandi.

—Usted lo sabe todo, ¿eh? —jadeó

Wong-Fu.

—Evidentemente. Como le digo, existe el peligro de que Tarika ceda a la presión de ése árabe, que le ofrece una fortuna por conducirlo a la mercancía. Es de temer que Tarika ceda a la ambición.

—No... No le creo esta vez... ¡Tarika no haría eso!

—Yo no me arriesgaría a hacer la prueba con la lealtad de nadie. No quiero pasar por alto algo más, que le interesa mucho saber: al grupo árabe, a juzgar por su solapada acción cerca de Tarika, no le interesa la cabeza de usted. A mí, sólo en cierto modo: sólo si usted no cumple. Pero a la CIA sí le interesa, mucho, decapitarle,

Wong-Fu.

¿Lo entiende? Créame: está en una situación delicadísima, y sólo yo puedo ayudarle.

—Quizá yo sólo pueda resolver el asunto...

—Su optimismo está fuera de lugar. Y para serle completamente sincero, le diré que yo deseo terminar cuanto antes. Volveré a llamarle,

Wong-Fu.

Y será la última vez.

El árabe colgó. Quedó unos instantes pensativo en la cabina, y por fin salió, con su paquete cuadrangular bajo el brazo. Desandó

parte del camino realizado hasta allí, para meterse en una especie de plazoleta solitaria, con una luz para todo el contorno. Había allí una puerta cerrada, que guardaba una estancia lo bastante amplia para tener oculto un «Peugeot 404», oscuro. El árabe metió su paquete en el auto, se situó frente al volante, y poco después salía de allí, a moderada velocidad, en busca de la ciudad moderna para transitar cómodamente.

Moulay iba pensando en sus cosas, trazando nuevos planes..., que a buen seguro no habrían sido del agrado de Wong-Fu.

* * *

Cuando colgó el teléfono, a Wong-Fu

le sudaban las palmas de las manos. Trataba de reflexionar, pero existía demasiada confusión en su mente. Primero, llegaba el chino, Thi-Siung... Ni siquiera las profesionales de Coral habían podido con él. Luego, Morandi...

Por si fuera poco, un árabe solapado entraba en liza, tentando la ambición de Tarika... Y Tarika podía ceder. ¡Claro que iba a ceder! Por el momento había escuchado las proposiciones del árabe, sin comunicarle a él, a Wong-Fu,

lo que sucedía. Tarika, pues, estaba dispuesta a la traición...

A solas en su despacho, gris y sudoroso el rostro, se puso en pie, apoyando los puños en el escritorio. De súbito, asestó un puñetazo a un timbre de su tablero, y poco después aparecía el fiel Nafi.

—¿Señor?

—Que vengan Zheyad y Berlano. ¡Rápido! —Casi rugió Wong-Fu.

—Sí, señor.

Hicieron su aparición Berlano y Zheyad, ambos silenciosos, mirando al mestizo, esperando sus órdenes. Los dos adivinaban que algo grave ocurría.

—Tarika está pensando traicionarnos.

Berlano y Zheyad, tras unos instantes de sorpresa, cambiaron una mirada. Berlano se humedeció los labios, y murmuró:

—¿Quiere decir que Tarika está dispuesta a colaborar con la

CIA? ¿Cómo es posible, si ese Morandi no ha llegado aún, y...?

—No entendéis nada. Aunque la verdad es que yo también estoy confuso... No se trata de la CIA, sino de un árabe llamado Moulay ben-Mohammed. Pero no perdamos el tiempo, ya que la traición de Tarika puede consumarse de un momento a otro. Hay que impedirlo. ¿Necesito daros instrucciones?

Berlano apretaba los labios, y Zheyad parecía tener demonios en su negra mirada. Fue Berlano quien murmuró:

—Tarika no nos traicionará. No tendrá tiempo.

—De acuerdo —dijo

Wong-Fu

—. Otra cosa: alguien deberá suplirla en la vigilancia de Morandi, cuando éste llegue.

—Me ocuparé de eso —dijo Berlano.

—Está bien. Podéis marcharos. Y nada de fallos.

CAPÍTULO VI

Para aquél árabe no había obstáculos, por lo visto. Con asombrosa facilidad podía colarse en cualquier sitio. No obstante, antes de pasar al interior del hotel Les Almohades, Moulay había estado vigilando los exteriores: el jardín, la pérgola, el bar... Hasta que descubrió a la bellísima Tarika dando un paseo por aquel bello lugar de mosaicos con «parterres» para palmeras, césped, y arbustos de flores.

Tarika, por lo que se veía, reflexionaba con intensidad sobre la situación que se le planteaba, mientras Moulay había pasado al hotel, y ya dentro buscó *lasuite* de Tarika, cuya ubicación conocía perfectamente. Manipuló en la cerradura de la habitación con una varilla de acero durante unos segundos, abriendo con facilidad. Luego, se coló con tranquilidad en aquella lujosa pieza, y tras atravesar el pequeño vestíbulo llegaba a la estancia principal, donde la claridad ambiente del exterior penetraba a rayas a través de las entornadas persianas.

La espera resultaba un poco monótona, pero no fue demasiado larga. Comenzó a oír ruidos metálicos en la puerta... Y de pronto, frunció el ceño: una persona que tuviera llave no hubiese hurgado de aquel modo rudo y torpe en la cerradura. Confundido entre las sombras, Moulay permanecía inmóvil, mientras oía el torpe manejo en aquella cerradura. Por fin, consiguieron abrir, y poco después dos sombras se adentraron en *lasuite*.

Se oyó una voz muy queda:

—Es de esperar que no se haya largado ya...

—No creo, Zheyad. Vamos a sorprenderla aquí, sin ruido... Y con rapidez.

—Debería haberlo hecho yo solo, Berlano. Tú te has de quedar

en el hotel, de un modo u otro, para ocuparte de Morandi.

—Me las arreglaré. Esperaremos aquí.

Las dos sombras estaban juntas, y Moulay veía la espalda de ambos. Era el momento de hacer su aparición. Y apareció, de detrás del sillón donde se había ocultado.

Naturalmente, con la automática en la diestra.

—No se muevan —ordenó, secamente.

Pero esperaba la reacción.

Fue Berlano quien se revolvió de pronto, tratando de neutralizar el peligro. Por la voz del árabe, creyó saber hacia dónde debía dirigir sus manos, para anular la más que probable amenaza de una pistola. Berlano, en cierto modo, fue rápido, pero mucho más lo fue Moulay, quien un segundo después de hablar había cambiado de posición, así que Berlano falló: sus zarpas sólo encontraron aire.

Zheyad, por su parte, al ver que Berlano se proponía seguir el ataque, y que aquél árabe debía prestarle atención, decidió aportar su concurso. Para ello, nada más fácil que extraer un cuchillo, siempre silencioso y muy eficaz, para lanzarlo contra el árabe. Era un cuchillo curvo, afiladísimo, una verdadera obra de arte, una joya.

Pero Zheyad quedó a medias en su movimiento de arrojar el cuchillo, puesto que el árabe no parecía dispuesto a concesión alguna; no se confiaba lo más mínimo. De ahí que la boca de su automática soltara un chorro de lívido fuego, con un estampido apenas audible, que en modo alguno trascendería de aquellas paredes.

La bala, perfectamente dirigida, borró para siempre los pensamientos de Zheyad. Éste, con la frente perforada, cayó de espaldas, con la reluciente joya mortífera aún aferrada con su rígida mano derecha.

En cuanto a Berlano, trató de ir a por su automática, pero requería más tiempo del que pensaba darle Moulay, quien con un rápido giro estrelló el cañón del arma en la nuez de Berlano, para, a continuación, pegarle en la sien.

Berlano cayó de rodillas, como ahogándose, con el cerebro entre espesas brumas. Cuando sacudió la cabeza, notó un áspero y extraño roce en el cuello. Sintió un tirón también, y se dio cuenta de que su cuello estaba rodeado por una áspera cinta que lo

rodeaba, con fuerte presión.

En efecto, Moulay había prescindido de la pistola, para rodear con una tira de cuero áspera y fuerte el cuello de aquel hombre, y las fuertes manos del árabe tenían asidos los extremos de la tira.

Berlano quedó quieto; era la forma de poder respirar un poco... Y en aquel instante se percibía un rumor en la puerta: una llave penetraba en la cerradura correspondiente, por la cual la puerta se abrió sin la menor dificultad. Se cerró, y apareció luz en el pequeño vestíbulo. Instantes más tarde, Tarika, que llegaba un poco cansada de pensar, sin haber llegado a la conclusión de lo que más le convenía, apareció en el dormitorio.

Por unos instantes quedó inmovilizada por la sorpresa. Su mirada iba del cadáver de Zheyad al rostro casi amoratado ya de Berlano, y al árabe, a Moulay.

—Querían eliminarte, Tarika.

Ella se acercó, confusa, sin acabar de comprender.

—¿Por qué? Berlano, ¿por qué?

—¿Aún..., aún preguntas, perra? —Casi se ahogó de rabia Berlano.

Aun en su precaria situación, y exacerbado por la rabia, Berlano trató de liberarse de la cinta que rodeaba su cuello. Creyó que podría hacer presa en las muñecas de aquél árabe y liberarse... Y lo consiguió. Pero fue porque Moulay dejó que Berlano atrapase sus muñecas, porque ello no le impedía tirar con todas sus fuerzas de los extremos de la cinta, la cual, ya definitivamente, se incrustó en el cuello de aquel hombre, que pataleó con auténtico desespero.

Segundos más tarde, Berlano tenía el rostro morado, la boca angustiosamente abierta, los ojos vidriosos y fijos... Moulay, inexpresivo, invisibles sus ojos detrás de sus gafas oscuras, lo soltó, dejando la tira hundida en aquel cuello.

Tarika, petrificada, miraba al árabe.

—Te has salvado por suerte —gruñó Moulay—. Se me ocurrió esperarte aquí, de modo que ya estaba cuando entraron estos dos; les oí decir lo que se proponían.

Tarika empezó, por fin, a pestañear; su rostro había perdido color.

—Esto es por tu culpa —masculló, por fin.

—Tal vez. Lo siento.

—Hasta has podido contarles mentiras, para que yo no tenga más remedio que ponerme a tu lado...

—No he hecho nada de eso. Vine a recoger tu respuesta, y... ya ves: venían a matarte. Es obvio, sin embargo, que ahora, si habías pensado declinar mi oferta, deberás cambiar de parecer. Por lo demás, no temas. Todo saldrá bien.

Tarika miraba con mucha fijeza a aquel hombre; empezó a estrujarse las manos.

—No tengo decidido nada aún...

—Te creo, pero ya no es cuestión de perder tiempo. Tengo un auto abajo, Tarika. ¿Vamos?

Tarika miró aquellos dos cadáveres. Tenía la impresión de estar metiéndose en una trampa, de que sus pies se hundían en arenas movedizas. Señaló a los dos hombres muertos.

—¿Y... esos cadáveres? —musitó.

—Espero que no creas que vamos a cargar con ellos —gruñó Moulay—. Aquí están bien.

—Cuando los descubran...

—¿Qué puede importarte eso? Estarás lejos de aquí, con mucho dinero.

Tarika cerró los ojos un instante.

—Quisiera creerte.

Moulay pareció impacientarse.

—Vamos, Tarika —apremió—. Bajaré yo primero. Te aguardo en el auto, un «Peugeot-404», oscuro. Está en el *parking* de la explanada de la playa. Te doy unos minutos para que recojas cosas que te parezcan necesarias.

Sin una palabra más, Moulay giró, y echó a andar hacia la salida de la *suite*, dejando a Tarika en plena confusión. Por supuesto, Moulay había sopesado bien las circunstancias, y estaba seguro de que Tarika tardaría menos de diez minutos en reunirse con él en el auto.

Moulay iba a emplear ese tiempo en realizar algo importante.

Salió del hotel con toda clase de facilidades, atravesó la Avenue de

d'Espagne,

y pasó a la explanada que se utilizaba como *parking*. Poco después, se metía en el auto.

Sobre el asiento contiguo al del conductor estaba el paquete cuadrangular, que Moulay desenvolvió con rapidez, dejando al descubierto una serie de piezas que, una vez ensambladas correctamente por Moulay, formaron una pequeña emisora de considerable potencia y que el árabe comenzó a manejar en busca de contacto.

Casi de inmediato, llegó la respuesta:

—A la escucha, Latimer. ¿Todo bien?

—De momento, sí, Ismail. ¿Estás preparado?

—Prácticamente. Pero no iría mal que retrasase su llegada un poco. Pequeños detalles, pero no quisiera que usted encontrase defectos en todo el tinglado.

—Está bien... A fin de cuentas, no creo que venga de una hora o dos, puesto que tengo la certeza de que el material no está muy lejos de aquí.

—Ojalá sea cierto.

—Ya veremos. Bien, termina de prepararlo todo. Yo retrasaré una hora más o menos la llegada. Hasta luego.

Cortó la comunicación, plegó la emisora, lo dejó todo tal como estaba, y depositó el paquete en los asientos traseros. Se dedicó entonces a esperar a Tarika. Habían transcurrido unos quince minutos, cuando ya Moulay creía que algo salía mal, antes de que ella hiciera su aparición en la explanada, buscando. Con un breve toque de claxon la guió hacia donde estaba el auto; le abrió la portezuela, y ella se metió en el coche. Luego, el agente de la CIA ocupó el puesto frente al volante.

—¿Y ahora? ¿Adónde vamos? —musitó Tarika.

—A mi refugio. Nadie te va a exigir que corras el menor riesgo. En ese lugar estarás a salvo, y con el dinero en tus manos. Es obvio que tendrás que conducirme al lugar donde están los materiales robados por

Wong-Fu.

Y ahí acaba tu participación... A menos que quieras venirte conmigo.

Moulay ya había puesto el coche en marcha, y salía del *parking*, pasando a la amplia Avenue de
d'Espagne.

Tenía que atravesar la ciudad, en busca de rué Sidi Amar, y luego

hacia la carretera que conducía a Cabo Espartel...

Tarika permanecía en silencio, sin contestar a la última sugerencia de Moulay. Éste tampoco dijo nada..., hasta que, minutos más tarde, la ciudad quedaba atrás, como un lejano resplandor. De pronto, sacó el coche de la carretera, hacia un pequeño llano en el que había unos cuantos árboles, probablemente higueras... Detuvo el coche a la sombra de una de éstas, paró el motor, y apagó las luces de posición.

—¿Qué haces? —murmuró Tarika, evidentemente inquieta.

—Tenemos que hacer un poco de tiempo mientras mis hombres preparan unos últimos detalles... Y me ha parecido que éste es un buen lugar para esperar. Y para convencerte de mi buena disposición hacia ti, Tarika.

—¿Convencerme? ¿De qué modo?

—Pronto tendrás un millón de dólares. Pero además, podrás permanecer conmigo si lo deseas. ¿Crees que esta segunda oferta es para mí menos importante que la primera para ti?

—Entiendo... Tú crees que de ti sólo me interesa el dinero. Y quieres hacerme creer que yo te intereso a ti por algo más que por lo que pueda ayudarte.

—Los asientos de este coche son abatibles... Alguna vez he dormido en él. Sólo tengo que apretar un botón, y se echan hacia atrás. Como ves, es muy fácil. Pero..., ¿crees que no me sería igualmente fácil obligarte por la fuerza a que me dijese todo lo que quiero saber, a que hicieses todo lo que quiero que hagas? Podría hacerlo, y me ahorraría un millón de dólares.

Tarika se quedó mirando en la semioscuridad los relucientes ojos de Moulay. En su mente, dos pensamientos se cruzaban. Uno, el recuerdo de la mano de Moulay en sus senos; dos, la certidumbre de que aquel hombre podía hacer lo que quisiera con ella, a las buenas o a las malas...

Por eso, cuando Tarika notó de nuevo aquella mano sobre su piel, sonrió dulcemente, y se volvió en el asiento, para abrazarse a Moulay..., que ya había apretado el botón que extendía los asientos.

* * *

Después de todo, siempre era mejor así que por las malas, pensaba minutos más tarde Moulay. Por las malas, quizá Tarika

cometiese la imprudencia de engañarle... En cuyo caso, él la mataría sin vacilar..., pero ya la partida habría sido perdida por la CIA. Y ésta era una posibilidad que Moulay jamás pondría en juego. ¿Juego dulce? ¡Pues juego dulce! Todo por la seguridad de su misión...

—¿En qué piensas? —susurró Tarika, tendida a su lado.

—Estaba pensando que todavía tenemos tiempo.

Ella rió, volvió a abrazarse a él y acercó sus labios a los del hombre que, pese a todo, la estaba impresionando tan profundamente...

Otro buen rato más tarde, Moulay volvió a apretar el botón, y los asientos se enderezaron. Tarika procedió a arreglarse la ropa, y él puso en marcha el coche y regresó a la carretera. Ya había pasado el tiempo suficiente.

Y poco más tarde, volvió la cabeza hacia ella y murmuró:

—Estamos llegando. Es una gruta.

—¿Cuánta gente tienes?

—Oh, ése es solo... el cuartel general, por decirlo así. Mis hombres están distribuidos en los lugares más convenientes. ¿No vas a relajarte un poco?

—Ojalá pudiera... Estoy haciendo algo insensato.

—¿A qué te refieres? ¿A ponerte de mi lado?

—Simplemente, tengo miedo.

—Olvídalo —dijo él, poniendo un instante la mano derecha sobre su muslo de seda—. Estando conmigo no debes temer nada. Soy mucho más poderoso de lo que puedas imaginar. Y no estoy dispuesto a perderte, Tarika.

—Quisiera... estar segura de eso.

—Espero ir dándote pruebas de ello..., aparte de lo que ya ha habido entre nosotros, y que espero dure mucho tiempo. Quédate conmigo tranquila, y no temas nada... Estamos en el sitio ya —señaló de pronto Moulay hacia delante.

No había ninguna luz, ninguna indicación. Aquellas rocas presentaban un aspecto solitario; las sombras dibujaban caprichosas figuras. Aún faltaban tres o cuatro kilómetros para llegar a Cabo Espartel.

El auto fue perdiendo velocidad, dio unos tumbos por encima de guijarros y tierra, e instantes más tarde se detenía en un lugar bien

camuflado. La entrada de la gruta era visible desde allí; oscura, como si no hubiese nadie.

—Apéate —dijo Moulay.

Tarika obedeció, en silencio Moulay lo hizo también, sin olvidar recoger la emisora, aquel paquete cuadrangular. Echaron a andar juntos hacia la entrada de la gruta.

—Dame la mano —dijo Moulay.

Tarika tendió la mano izquierda, que quedó entre aquellos dedos firmes, férreos. Entraron en la oscura gruta, pero se detuvieron a los pocos pasos.

—¡Ismail! —llamó Latimer.

Un segundo más tarde, se encendía una luz. Una potente linterna lanzaba el foco hacia el lugar donde Moulay y Tarika estaban poniendo los pies.

Segundos más tarde entraban en una oquedad bastante amplia, donde había un solo hombre, con la linterna en la mano. La linterna pasó a una especie de repisa natural; el foco alumbraba a Tarika y a Latimer. El hombre que había estado allí esperando vestía chilaba y turbante, y lucía un ancho bigote; le relucían los ojos oscuros.

—Es mi lugarteniente —dijo Latimer.

El agente de la CIA hizo un gesto, e Ismail, silencioso, se encaminó hacia un rincón donde tenía instalada una emisora. Había también un portafolios, con el que se acercó a Tarika. Lo abrió, y le mostró el interior, lleno de fajos de billetes, en diferentes monedas y denominaciones. En seguida, cerró el portafolios, y lo dejó a los pies de Tarika.

—¿Y bien? —inquirió Sloan—. Ya ves que estoy jugando limpio en todos los aspectos... Esto es por si prefieres separarte de mí cuando todo termine. ¿Qué tienes que decir?

—Los materiales robados están en un submarino.

—¿Emplazamiento de ese submarino?

—A unos diez kilómetros de aquí hay unas radas naturales: suele ocultarse en alguna de ellas.

—¿Cuántos hombres componen la dotación?

—Cuatro hombres. A veces, Laprade, que es el comandante, no está. También Baugier suele echar un vistazo en alguna ocasión.

—¿Qué sabes de los materiales robados?

—Nada.

—¿No tienes idea?

—Wong-Fu no dio explicaciones. No obstante, empiezo a comprender su importancia, ante la intervención en masa de varios grupos de espionaje. Vosotros, la CIA, ese Chino Thi-Siung...

—Así es: presa codiciada, como ves. Espero que venga a parar a nuestras manos. De todos modos, los datos que me has proporcionado son un tanto imprecisos, ¿no crees?

—Lo sé, pero es difícil conocer la posición exacta del submarino a menos que ellos mismos la proporcionen... —Dirigió un vistazo a la emisora de Ismail.

Latimer observó aquella mirada, e inquirió:

—¿Podrías ponerte en contacto con ellos?

—Sí... Creo que sí.

—Excelente.

—¿Llamo ahora?

—No. No quiero precipitarme. Quiero tomar aún algunas medidas de seguridad. Llamarás cuando yo te lo ordene. Tengo que agrupar antes a mis hombres, y prepararme adecuadamente.

—¿Quieres decir que te vas?

—Sí. Sólo he venido aquí para comprobar que todo está preparado, y para dejarte a salvo. Ismail cuidará de ti.

—Seguro que sí —sonrió Ismail.

—Está bien —murmuró Tarika—. Como tú quieras, Moulay.

Éste asintió, acarició a la muchacha, y acto seguido hizo un gesto a Ismail, que se apartó con él unos pasos. Durante un par de minutos, los dos hombres estuvieron hablando en voz baja. Luego, examinaron la emisora, cambiando nuevas impresiones. Finalmente, Moulay se acercó a Tarika, la abrazó, y la besó apasionadamente en los labios.

—No temas nada —susurró—. Yo volveré pronto.

Poco después, Moulay salía de la gruta, sin necesidad de luz alguna. Ya en el exterior, se dirigió hacia el auto.

Abrió el portamaletas, y extrajo de allí un lío de ropas. No era muy cómodo transformarse allí mismo en el chino Thi-Siung, pero el agente de la CIA, se caracterizó en cuestión de diez minutos, como el chino alto, pesado fuerte... Las ropas que utilizaba como Moulay ben-Mohammed las dejó a la entrada de la gruta, entre unas piedras.

Por fin, se colocó ante el volante, y puso el auto en marcha.

CAPÍTULO VII

La impaciencia de

Wong-Fu

era notoria, un nerviosismo a flor de piel. Pero, por fin, entró Baugier, a quien estaba esperando desde hacía varios minutos, y se acercó a

Wong-Fu,

observando que las cosas no parecían ir muy bien.

—¿Me llamaba, señor?

—Algo ocurre con Tarika... Para ser más preciso, tengo noticias de que nos ha traicionado. Envié a Zheyad y Berlano a por ella, pero no regresan. Quiero que averigües qué está ocurriendo, Baugier.

—¿Debo ir al hotel?

—Sí, claro... Pero con las debidas precauciones. ¿Dónde está Laprade?

—En el submarino.

—Está bien. Procura darte prisa. Según lo que haya ocurrido en el hotel, nuestra situación podría ser muy difícil.

Baugier no hizo más preguntas. Parecía bastante preocupado cuando salió de aquella estancia donde quedó a solas

Wong-Fu.

Éste empezaba a pensar que la mejor solución, quizá la única, era desplazarse hasta el submarino, y hacerse a la mar. En el refugio del submarino sería muy difícil ser localizado, podría considerarse a salvo...

Estaba absorto en sus pensamientos, cuando entró Nafi, un tanto agitado.

—¿Qué ocurre? —inquirió

Wong-Fu.

—Un hombre ha entrado en la quinta. Dice llamarse Thi-Siung, y quiere hablar con usted.

Wong-Fu

quedó tenso unos instantes, mirando a Nafi como si éste se hubiese convertido de pronto en un extraterrestre.

—Bien... Quizá sea mejor así. Atención, Nafi, debes estar vigilante a cualquier indicación por mi parte; puede que interese que ese hombre salga de aquí con vida, pero puede que interese todo lo contrario. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

—No te alejes... Que pase.

Nafi salió de la estancia, para reaparecer instantes más tarde, precediendo a un chino alto, grande, pesado, de pequeños y oscuros ojos oblicuos. La mirada del recién llegado se posó con mucha fijeza en los ojos de

Wong-Fu,

quien sintió una creciente inquietud, algo indefinible.

Pudo apartar su mirada de la de Thi-Siung, para mirar a Nafi, que se alejaba. Era de esperar que Nafi estuviera alerta...

—Tal vez tenía deseos de conocerme personalmente. Wong-Fu —dijo, de pronto, Thi-Siung.

Wong-Fu

apretó un instante los gruesos labios.

—¿No cree que hasta cierto punto su presencia aquí, sin más, es una insolencia que puede costarle cara, Thi-Siung? —inquirió.

Una breve sonrisa, sin el menor significado, distendió los labios de Thi-Siung.

—Voy a confiar en su inteligencia..., si bien, en esta última época no ha dado grandes muestras de ella. Yo he entrado sólo aquí, es cierto, pero no es menos cierto que tengo a mis hombres en los lugares donde deben estar. Ha debido comprenderlo,

Wong-Fu.

—Está bien. ¿Qué quiere?

—¿No me invita a tomar asiento? También, por lo que veo, ha olvidado la famosa cortesía oriental.

Un poco desconcertado por la calma de aquel hombre,
Wong-Fu

señaló un sillón, situado frente al escritorio.

—Siéntese... ¿Por qué está aquí?

—Vamos a hablar tranquilamente, si le parece.

—Ya le he dicho cuál es mi postura: no cedo. Ustedes me abandonaron cuando yo más los necesitaba, y ahora yo no quiero...

—Usted dejó de ser interesante, pero las cosas han cambiado ahora,

Wong-Fu.

—Han cambiado, sí. Hoy, mi organización soy yo mismo.

—No tiene la suficiente fuerza. Porque, analicemos,

Wong-Fu:

¿quién es usted, a fin de cuentas?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Pregunto quién y qué es usted, en el mundillo del espionaje. Un hombre quemado, demasiado conocido. ¿No es así? Tal vez creyó que su presencia en Tánger pasaba desapercibida, y que todo el mundo se había olvidado de usted. Ya ve que eso no es cierto. Ha bastado que usted realice un movimiento, una operación, para que el mundo le caiga encima. Debería reflexionar.

—No necesito que nadie...

—Permítame —cortó Latimer—. No he terminado. Usted, en Estados Unidos, fue hasta cierto punto tolerado. Las cosas se le pusieron mal en el mismo instante en que los chinos de Mao entraron en la ONU. Usted empezaba a sentirse en el vacío; tanto, que huyó del país.

—Conozco mi historia, Thi-Siung.

—Yo también la conozco, como está viendo. Usted, en Estados Unidos, era Dagobert Horrall... Su padre era estadounidense.

—¿Y qué? —inquirió, fríamente,

Wong-Fu.

—Tan sólo que usted se podría considerar de esa nacionalidad. De hecho, lo es.

—Tengo ciudadanía estadounidense, en efecto. Pero no veo a qué viene todo esto, Thi-Siung. Vaya al grano, por mi parte, le diré cuanto antes que no pienso hacerle entrega de la mercancía.

—¿Qué uso pensaba darle usted? —inquirió Latimer.

—No le importa.

—Se equivoca. ¿A quién pensaba venderla?

—Thi-Siung: ha hecho mal en presentarse aquí.

—No hablábamos de eso ahora. Lo que yo quiero saber es qué uso piensa hacer de esos bloqueadores de control remoto.

Wong-Fu,

tenso, entornó los ojos.

—Veo que está al corriente de muchas más cosas de lo que yo suponía —murmuró.

—Yo nunca emprendo una operación a ciegas. Pero con su comentario no responde a mi pregunta.

—¿Cómo sabe usted que la mercancía son bloqueadores de control remoto? En realidad, se trata de un ingenio nuevo, no conocido aún en el mundo. Un ingenio perfecto.

—Lo sé. Y sé más. Usted desbarató una operación que la CIA iba a realizar en pro de la paz mundial. ¿Lo sabía? —Wong-Fu se encogió de hombros, sin responder, y Thi-Siung frunció el ceño—. Es obvio que lo sabía, desde el momento en que realizó *elaffaire*, ya me doy cuenta. Lo sabía, y lo hizo.

—¿Y qué?

—¿No le importa que estalle una terrible guerra,
Wong-Fu?

—No diga tonterías. No estallará guerra alguna —rechazó
Wong-Fu.

—Podría ocurrir... Usted no ignora que hoy se extiende un clima de guerra por las zonas Norte y Noroeste de China Continental. Se están realizando maniobras de gran intensidad, a lo largo de la frontera con la Unión Soviética. Además, no sólo toman parte los militares, en esas maniobras, sino que la población civil interviene. En suma, se han detectado preparativos tales que da la impresión de que la guerra va a estallar de un momento a otro.

—No es de mi incumbencia.

—Creo que sí, puesto que usted, aunque lo ignore, podría ser uno de los artífices de esa guerra, que podría involucrar al mundo.

—No me considero tan importante.

—No lo es, de hecho. No obstante, quizá sin proponérselo, está poniendo en peligro la paz. Esos bloqueadores de control remoto que la CIA desplazaba a Asia tenían unos objetivos de paz.

—¿De veras?

—Sí. Le explicaré en qué consisten esos objetivos. El bloqueador

de control remoto, como su nombre indica, sirve para impedir los disparos de proyectiles teledirigidos, manipulados a control remoto. Pongamos un ejemplo: Rusia quiere disparar cohetes contra China, cohetes a control remoto. Los ingenios que la CIA piensa instalar en esos tramos fronterizos donde se realizan las maniobras, impiden el disparo; anulan la orden de disparo. Lo mismo ocurriría, es obvio, si fuese China la potencia que quisiera disparar sus armas de control remoto. Los bloqueadores de la CIA, lo impedirían; lo impedirán..., llegado el caso.

—Veo que conoce muy a fondo el asunto, Thi-Siung.

—En efecto. Como ve, ese traslado de bloqueadores de control remoto es una maniobra de la CIA, auténticamente de paz. Lo único que la CIA se propone es impedir el disparo de los cohetes, evitar que se llegue a esas armas, de estallar el conflicto. Ante los fallos de sus armas a control remoto, chinos y rusos tendrán tiempo de reflexionar... ¿No cree?

—Según entiendo, la CIA, quizá por primera vez en su historia, se ocupa verdaderamente de la paz, tratando de instalar en puntos claves de Asia esos bloqueadores por control remoto. Se supone que la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos teme que el estallido del conflicto involucre a Estados Unidos.

—Es natural, ¿no?

—Por supuesto.

—¿Sabe qué creyó la CIA, cuando tuvo noticias de la desaparición de su red en Tánger, y la de esos bloqueadores de disparo?

—No. ¿Usted sí lo sabe, Thi-Siung?

—Por supuesto: la CIA, pensó que podía ser una maniobra de la China Nacionalista, de los chinos de Formosa, los cuales, hoy un tanto pospuestos en el mundo, en la política, les interesa la guerra, como trampolín para saltar al Continente... Eso pensó la CIA; que la operación había sido llevada a cabo por gente de Formosa.

—Admito que era lógico pensar eso. Es cierto que si estalla la guerra ruso-china, la China Nacionalista puede tener una esperanza de saltar al Continente, y aprovechar la situación. Pero la CIA se ha equivocado, puesto que yo nada tengo que ver con usted, ni con su organización de Formosa, Thi-Siung. Ha sido obra de un particular...

—Pero la CIA ignoraba que usted se considera un particular... En la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, usted está considerado TODAVIA como espía al servicio de Formosa. Usted estaba controlado en Tánger, y dado que lo ocurrido tuvo por escenario Tánger, fue señalado como el sospechoso ideal. La CIA se moviliza, y da con usted.

—Aún no. Morandi no ha llegado todavía, que yo sepa. Me están haciendo mucho honor al intervenir tanta gente en este asunto, de todos modos.

—Oh, sí, está interviniendo mucha gente, es cierto... Pero, en fin, no hemos hablado aún de lo que piensa hacer usted con los bloqueadores.

—Venderlos.

—¿A quién?

—Hay otros focos bélicos en el mundo, Thi-Siung. Para mí, el más alejado, es el ruso-chino. En cambio, tengo otro foco más cerca: Oriente Medio. Quizá a árabes o judíos les interesen esos bloqueadores. Pienso que más a los árabes, quienes se sentirían más seguros si pudieran contar con esos ingenios que anularían las armas estratégicas israelíes.

—¿Se ha puesto en contacto con alguien para vender?

—No.

—¿Por qué razón?

—Por una muy sencilla: hay que dar un poco de tiempo. El asunto es demasiado reciente. Tengo que cuidarme, ocultarme. Lo demuestran los hechos. Por ejemplo, la presencia de usted, la de un árabe llamado ben-Mohammed, la de Morandi cuando llegue... Así que espero que este asunto se olvide un poco. Luego, a negociar.

—Muy cierto, Thi-Siung. Es arrojar por la borda una fortuna. Cualquier país pagaría mucho dinero por esos ingenios modernos, desconocidos aún.

—De eso no hay duda. Le...

Sonaba el teléfono en aquellos momentos.

Wong-Fu

alargó la mano, y tomó el aparato.

—¿Sí? —inquirió.

—Soy Baugier, señor.

—Dime lo que sea.

—Son malas noticias: he llegado hasta la *suite* de Tarika, y... he visto los cadáveres de Zheyad y Berlano. De ella, ni rastro, señor.

—Búscala, Baugier... ¡Búscala!

—Intentaré...

—Te daré una referencia que puede ser útil: Tarika nos ha traicionado con un árabe llamado Moulay ben-Mohammed. Es imprescindible encontrarla. Y, por supuesto, hay que poner en guardia a los del submarino, ya que esos árabes pueden estar dirigiéndose hacia las radas, con Tarika... Pero de avisar a Laprade me ocupo yo.

—Bien, señor.

Furioso,

Wong-Fu

colgó el teléfono, miró a Thi-Siung, y farfulló:

—Está bien, usted tenía razón. No puedo perder más tiempo: es preciso que avise al submarino.

Mientras

Wong-Fu

había estado hablando por teléfono, Latimer había extraído una boquilla, que colocó entre sus labios. Luego, de la cigarrera eligió cuidadosamente un cigarrillo, mientras, sin tan siquiera mirar a

Wong-Fu,

decía:

—Estábamos hablando antes de que si el asunto hubiese sido realizado por miembros al servicio secreto de Formosa tendría su lógica, su explicación... Motivos políticos, más o menos razonables. Pero no es el caso. Usted,

Wong-Fu,

lo ha hecho por dinero, por la más pura y simple ambición, ignorando las consecuencias que puede reportar una guerra. A usted le interesa el dinero que pueda obtener por los bloqueadores de disparo.

—Voy a avisar al submarino, y...

—Yo, en su lugar, no acercaría la mano a ese pequeño tablero de mandos,

Wong-Fu

—cortó Thi-Siung, con tono seco, y la boquilla mordida.

Wong-Fu

vaciló un instante, mirando con nuevo interés a Thi-Siung.

—Usted está hablando de un modo raro —musitó, por fin—. Debería intentar convencerme, por ejemplo, de que me conviene estar con ustedes, de que entregarles esos controles sería contribuir en algo para que estalle la guerra ruso-china, y entonces aprovechar la situación nosotros, los chinos de Formosa... A raíz de ello, incluso podrían prometerme un puesto importante, alguna ventaja sustanciosa...

—Eso es lo que seguramente le diría un agente de Formosa. Le haría maravillosas ofertas para que usted se sintiese contento de volver con los suyos y de prestarles tan importantes servicios.

Wong-Fu

empezaba a tener el rostro gris. Su mano estaba detenida a medio camino de los controles.

—¿Quién es usted? —musitó.

Thi-Siung sonrió.

—Casi ni yo mismo lo sé ya —dijo, con cierta ironía—. Yo mismo me confundo a veces. Digamos que soy Thi-Siung, también Moulay ben-Mohammed, incluso soy Antonino Morandi... Soy demasiadas cosas, demasiadas personas,

Wong-Fu,

demasiadas caras. Pero cuando yo intervengo, sea con la cara que sea, siempre es para matar bichos como usted. Por eso, mis superiores de la CIA, me llaman Las Caras de la Muerte.

Tras unos instantes de inmovilidad, con el rostro adquiriendo el color del cirio viejo,

Wong-Fu,

el mestizo de china y estadounidense llamado Dagobert Horrall, quiso tocar uno de los timbres del pequeño tablero...

Pero cuando sus dedos rozaban el mando, ya los cigarrillos de Latimer se habían hinchado un poco, para luego lanzar al aire, a través de la boquilla: apareció como una especie de nubecilla, como si de la boquilla hubiese brotado un chorrito *despray*, una pulverización de algo... y, en efecto, el ácido pulverizado expulsado por la boquilla, cayó sobre los dedos de

Wong-Fu,

quien lanzó un gemido de dolor y espanto al ver que sus dedos se chamuscaban, se retorcían, para quedar como carbonizados, como

sarmientos al fuego, retorcidos, inútiles...

—¿Aún no se ha convencido de que soy demasiado para usted?
—masculó Thi-Siung—. Podría haberlo matado con toda facilidad, pero todavía tiene que resolverme algunos pequeños problemas, así que vamos a ir por partes. Parte primera: usted, indudablemente, dispone de una avioneta, que fue la que debieron utilizar para engañar a Estambul-3... ¿Dónde está esa avioneta?

—Aquí, en la villa, en un hangar..., camuflado. Tengo aquí los controles que abren ese hangar.

—De acuerdo. Parte segunda: ¿quién metió en la trampa de la avioneta a Estambul-3 y, por supuesto, estropeó su paracaídas?

—Fue Tarika... ¡Una muchacha árabe, que...!

—La conozco —dijo con voz tensa Thi-Siung, cuyo rostro había perdido algo de color—. Sí, la conozco muy bien. Ella está ahora cerca de una emisora con la que espero terminar este asunto... ¿Dónde está la emisora de usted, Horrall? ¿O prefiere que le siga llamando

Wong-Fu?

—¿Qué más da...? —Se mostró desalentado

Wong-Fu

—. La emisora que utilizo yo es la de la avioneta.

—Inteligente economía. Hablemos ahora de tres chinitas que fueron a buscarme a determinado lugar de la Kasba con la desagradable intención de cortarme en pedazos con sus cuchillos. Y no me diga que no sabe nada de esto, Horrall. Sé perfectamente que usted contrató a alguien llamado Coral, para que enviase a esas asesinas contra mí. ¿Dónde está esa tal Coral?

—No puedo decirle eso —palideció

Wong-Fu

—. ¡No puedo decírselo!

—¿Por qué no?

—Porque... porque esa mujer... y yo... ¡Le estoy hablando de cosas que sucedieron hace tiempo, pero ella no me había olvidado, aceptó ayudarme por amor...!

—Fantástico —parecía en verdad asombrado Thi-Siung—. Pero lamentablemente, no estamos resolviendo problemas románticos. ¿Dónde está esa mujer?

—No —jadeó

Wong-Fu

—. ¡No quiero decírselo!

—Horrall: voy a dispararle más ácido, pero esta vez será a un ojo, y así seguiremos, quemando partes delicadas de su cuerpo hasta que comprenda que toda resistencia por su parte no sólo es inútil, sino absurda. Sin su colaboración, tardaría unos días más en encontrar a Coral, es cierto, pero acabaría por encontrarla. No me gustan las personas que se dedican al asesinato por dinero... A personas como ésa, a personas como usted, yo les enseño cualquiera de mis caras de la muerte. La Humanidad puede muy bien prescindir de esa clase de... «personas». Y yo hago lo que puedo por apresurar su desaparición. Ahora, le diré lo que vamos a hacer: llamará usted a Coral, y le dirá que espere en un coche a una persona que irá a buscarla dentro de un par de horas, quizá algo más, a la salida de la ciudad hacia Cabo Espartel. Esa persona llegará en un coche, y pasará al suyo, al de Coral, para guiarla hacia usted, que está herido y acosado y necesita ayuda. ¿Lo ha entendido bien?

—Sí... ¡Pero no lo haré!

—De acuerdo —reflexionó Thi-Siung—. Acaba de darme una buena idea. Pensaba matarlo a usted ahora, pero le dejaré vivo. Lo mantendré prisionero hasta que encuentre yo mismo a Coral, y entonces los mataré a los dos, cada uno viendo lo que le va ocurriendo al otro. Y naturalmente, no será una cosa rápida. Bien, vamos ahora a...

—No. ¡No, no, no! Llamaré... llamaré a Coral...

—Veo que sabe elegir. Bien, llámela. Y mucho cuidado con el tono de su voz. —Thi-Siung sonrió secamente—. Y como ya habrá comprobado, de nada le serviría algún mensaje especial en chino, pues le entendería perfectamente. Llame: está en el estado físico y anímico perfecto para que Coral crea sin vacilar que se halla herido y acorralado.

Thi-Siung señaló el teléfono, y

Wong-Fu

descolgó el auricular. Segundos después estaba en contacto con Coral, con la que mantuvo una conversación adecuada, que mereció la aprobación de Thi-Siung. Cuando

Wong-Fu

colgó el auricular, Thi-Siung asintió con un gesto.

—Está bien. Ahora accione los mandos que abren ese hangar. Tengo que destruir su emisora.

Con la mano sana temblando visiblemente, Dagobert Horrall, o Wong-Fu, oprimió uno de los botones de su tablero de mandos electrónicos. No se oyó nada, no pasó nada, así que cuando el chino alzó la mirada hacia Thi-Siung, éste tenía el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada... Simplemente, el hangar se ha abierto afuera. Está en una pequeña elevación del terreno. Hay una cubierta de plástico que parece zona de césped en un pequeño promontorio, y que ahora se ha alzado, dejando al descubierto el hangar.

—Está bien. Vamos para allá.

Se pusieron los dos en pie. Thi-Siung sonreía con una frialdad que estremeció a

Wong-Fu.

¿Quizá Thi-Siung se había dado cuenta de que, además de pulsar el botón del hangar había pulsado el de alarma general en la villa? Claro que sólo tenía en ella ya a dos hombres: Nafi, y el hombre que vigilaba la entrada, en las verjas... No parecía gran cosa para Thi-Siung, pero

Wong-Fu

decidió que no había que perder la esperanza... La última esperanza.

Salieron del despacho,

Wong-Fu

en primer lugar, y Thi-Siung tras él, sujetándole por la ropa del cuello con la mano izquierda y empuñando la pistola con la derecha.

No había nadie en la casa.

Siempre empujando Thi-Siung a

Wong-Fu,

camaron hacia la puerta de la casa, salieron..., y

Wong-Fu

se jugó el todo por el todo: de un tirón, quiso desprenderse de la mano de Thi-Siung para alejarse de él corriendo, en tanto gritaba:

—¡Matadlo, matadlo, matad...!

En realidad, esto fue lo único que pudo hacer: gritar que matasen a Thi-Siung. Por lo demás, no consiguió desprenderse de aquella mano de hierro, y, por tanto, alejarse de Thi-Siung corriendo... Así que la ráfaga de balas que ya estaba disparando Nafi con una metralleta al captar las intenciones de su amo, acertó de lleno a éste, pues Thi-Siung lo mantuvo ante él como escudo protector...

Y mientras

Wong-Fu

temblaba, parecía trepidar al recibir la ráfaga, Thi-Siung disparó, sin inmutarse, hacia donde había aparecido Nafi. El árabe soltó un alarido, tiró la metralleta hacia lo alto, y él saltó hacia atrás, tan alto, tan fuertemente impulsado por la bala que le acertó en la frente, que por un instante, sus pies estuvieron más altos que su cabeza en el aire..., hasta que ésta llegó al suelo, con seco golpe, y todo el cuerpo después, quedando tendido...

Plop, volvió a disparar Thi-Siung, siempre sosteniendo ante él a Wong-Fu,

y girando hacia la derecha... El otro hombre, el de las verjas, que había aparecido tras un arbusto de flores, y que apuntaba a Thi-Siung convencido de que éste no se daba cuenta de su presencia, recibió el balazo en el estómago. Cayó sentado, emitiendo un extraño hipido de dolor, desorbitados los ojos, pero todavía queriendo apuntar hacia Sloan Latimer...

Plop,disparó de nuevo éste.

El hombre emitió un breve chillido, cayó de espaldas completamente, y ya no se movió... Thi-Siung se mantuvo tenso unos segundos, atento a la aparición de más enemigos, hasta que se convenció de que esto no iba a suceder. Dejó caer el cadáver acribillado de

Wong-Fu,

y se deslizó por el jardín, hasta divisar, en efecto, una parte del pequeño promontorio alzado.

Cuando Las Caras de la Muerte se alejó de allí, en aquella casa ya no funcionaba nada. Ni la avioneta, ni su radio..., ni siquiera los corazones de unos hombres que, ciertamente, estaban mejor como estaban.

CAPÍTULO VIII

Cuando Sloan Latimer entró en la gruta donde le esperaban Tarika e Ismail, su aspecto volvía a ser el de Moulay ben-Mohammed. De momento sólo vio a Tarika, que corrió hacia él, pero en seguida, mientras abrazaba a la muchacha, apareció Ismail de una zona oscura, empuñando una pistola.

—Todo está bien, Ismail —murmuró Moulay.

—¿Ha quedado todo organizado? —insistió Ismail.

—Sí... Todo está ya organizado. Todo lo que falta ahora es que Tarika llame al submarino.

—¿Qué tengo que decirles? —inquirió Tarika, todavía abrazada a Moulay.

—Diles que emerjan. —Moulay sacó un papel, que entregó a la muchacha— en esta posición exactamente y justamente a las tres de la madrugada. Diles, con toda naturalidad, que Wong-Fu

ha encontrado unos compradores adecuados para el material que tienen a bordo, y que a esa hora los llevará en una lancha al lugar que indica este papel.

—Pero... ¿vas a permitir que Wong-Fu

intervenga de ese modo? —exclamó la muchacha—. ¡Te engañará, él nunca aceptará...!

—Wong-Fu ya no engañará nunca más a nadie.

—¡Lo has matado! —exclamó Tarika, con fuerte sobresalto.

—Digamos que está muerto, y eso es todo.

—Pero entonces..., ¿cómo podrá acudir a esa cita con el submarino en el mar, si está muerto?

—Acudirán otras personas que se harán cargo de la situación, no

te preocupes —sonrió duramente Moulay—. Ve a hacer la llamada. En cuanto termines, tú y yo nos iremos de aquí. Ve con ella, Ismail, por si tiene alguna dificultad con la emisora.

—¿Qué... qué hago si Laprade me dice que quiere hablar con Wong-Fu?

—Se asustó todavía una vez más Tarika.

—Dile que se ha marchado de la casa con los compradores, y que está con ellos, hacia la lancha en la que acudirán al encuentro. Y que no se sorprendan si en el lugar de la cita ven más lanchas e incluso un yate, ya que los compradores posiblemente quieran llevarse la mercancía esta misma madrugada.

—Sí... Está bien, sí...

Tarika e Ismail se instalaron delante de la emisora que el último había montado en la gruta, y comenzaron a intentar el contacto con el submarino. Mientras tanto, Moulay recogió el maletín donde estaba el millón de dólares para Tarika, y salió de la gruta. Regresó un par de minutos más tarde, y se acercó a los dos árabes. Tarika había conseguido ya la comunicación, y en aquel momento estaba diciendo:

—Exactamente, Laprade... Sí, ésa es la posición que me ha dejado escrita

Wong-Fu

para que te la lea.

—Debió llamar él mismo —se oyó la voz de Laprade.

—Ya te he dicho que todo ha sido muy precipitado, y que Wong-Fu

no ha querido dejar escapar la oportunidad. Parece ser que la CIA anda detrás de nuestros talones, y muy cerca, así que será mejor levantar el campo cuanto antes. Y todavía hay otras pequeñas dificultades que no quiero decirte para no asustarte.

—Está bien, está bien... Al fin y al cabo, me alegro de desprenderme de este material. Y de salir de este viejo cacharro comprado como chatarra... Me da la impresión de que va a desencuadrarse de un momento a otro... De acuerdo en todo, Tarika. ¿Algo más?

Tarika alzó la cabeza para mirar a Ismail, pero se dio cuenta de que Moulay estaba allí, y lo miró a él, que negó con un gesto. La comunicación fue cortada, y la muchacha se incorporó. Moulay le

pasó un brazo por los hombros, sonriendo cariñosamente.

—Estupendo, Tarika. Ahora, tú y yo vamos a marcharnos de aquí, y dejaremos que Ismail se ocupe del resto.

—¿Adónde vamos? —preguntó ella.

—Por el momento, voy a llevarte con personas amigas que se ocuparán de ti durante dos o tres días, que es el tiempo que necesitare para terminar bien todo este asunto. Luego, me reuniré contigo... y ya veremos lo que hacemos. En realidad, me pregunto si me estarás esperando.

—Sí —murmuró ella—. Sí, Moulay.

—Está bien, ya lo veremos. No te descuides, Ismail: yo voy a llevar a Tarika y vuelvo.

—Muy bien —asintió Ismail.

Moulay tiró del brazo de Tarika, que de pronto pareció quedar clavada de pies al suelo.

—¡El dinero! —exclamó.

—El maletín ya está en el coche —rió Moulay—. Anda, vamos.

Salieron de la gruta, y poco después emprendían el regreso a Tánger. Sobre las rodillas de Tarika, en efecto, iba el maletín, que había encontrado en el asiento al entrar en el coche. Moulay miró de reojo, y vio las manos de la muchacha apretando con fuerza el asa.

La miró, risueño:

—Va a ser uno de los mejores trabajos que habré hecho en mi vida —dijo—. Y todo, gracias a tu colaboración, Tarika.

—Me alegra haberte podido ayudar —murmuró ella.

—Podría haberlo hecho sin tu ayuda, desde luego, pero habría sido bastante más complicado, y habría sido necesario un enfrentamiento más... costoso para mi organización, posiblemente habrían muerto más compañeros... De este modo, sin embargo, todo va a ser fácil y rápido: cuando los del submarino vayan a darse cuenta, la trampa se habrá cerrado en torno a ellos... ¿Estás preocupada por algo?

—No... Sólo por ti. Quisiera tener la seguridad de que todo va a salirte bien, y que dentro de dos o tres días nos reuniremos.

Moulay la miró intensamente. De pronto, detuvo el coche fuera de la carretera, y abrazó a Tarika, acercando su boca a la de ella.

—Moulay... No ahora... Ahora no, no...

—Quisiera tener... la certeza de que no eres tú quien me está engañando a mí —jadeó él, tensa la voz—. ¡Eres la mujer que con más intensidad ha despertado mi deseo!

—Me alegra oírte decir eso —sonrió ella, notando la mano de él deslizándose por el escote—. Pero creo... que éste no es momento de...

Moulay quedó inmóvil, fruncido el ceño. Pero acabó por asentir con la cabeza, y de viva voz:

—Tienes razón —masculló—. No debo distraerme ahora. Esperaremos a que todo haya terminado. Pero déjame despedirme adecuadamente...

El vestido se deslizó por un hombro, y la luz de la luna brilló en la morena y tersa carne de Tarika, donde Moulay depositó un largo beso, mientras ella le agarraba la cabeza con ambas manos... Y muy pronto, sus ojos se entornaron, su boca se entreabrió, dejando escapar un suspiro entrecortado, cálido...

Moulay alzó la cabeza entonces.

—¿Qué te ocurre?

—Pienso que... que sí quisiera ahora...

—Te lo agradezco —sonrió él; depositó un último beso y volvió las manos al volante—. Pero tienes razón: éste no es el momento.

—¡Oh, sí! ¡Ahora sí, me has... me has puesto...!

—Lo siento, no era mi intención. Será mejor que prosigamos.

Tarika quedó como alucinada, como flotando en un mundo ardiente..., donde la habían abandonado después de introducirla. Pero ya Moulay había puesto de nuevo el coche en marcha, y volvía a la carretera.

El resto del camino lo hicieron en silencio, mirándose de cuando en cuando. Finalmente, Moulay detuvo el coche en determinado punto solitario de la carretera. Por delante de ellos, todavía un tanto lejano, se veía el resplandor de las luces de Tánger.

—Bien —murmuró—. Veamos si mis amigos entendieron bien el lugar donde los cité.

Lanzó unos destellos de luz. Más allá, una convencional respuesta llegó inmediatamente, delatando la situación de un coche fuera de la carretera.

—¿Quiénes son? —murmuró Tarika.

—Es una mujer china que me ayudó en algunos aspectos a

neutralizar a

Wong-Fu

—explicó Moulay—. Ignoro si hay alguien más con ella, pero no te preocupes: vas a quedar en buenas manos... Anda, ve.

—Tarika se inclinó hacia él, que volvió la cabeza y la besó en los labios.

—Te estaré esperando... —susurró ella.

Salió del coche, portando el maletín, y corrió hacia el otro vehículo, que fue viendo mejor a medida que se acercaba. La portezuela derecha de atrás se abrió, y Tarika entró. Al lejano resplandor de la iluminación de la ciudad, Tarika vio el rostro oriental, de lisas facciones, y los redondos ojos brillantes fijos en ella. Al volante, había otra mujer, que también le pareció china.

—Está bien —dijo la que estaba a su lado—: llévenos inmediatamente allá.

—¿Allá? —se sorprendió Tarika—. ¿Adónde?

—Adonde está

Wong-Fu,

naturalmente —replicó Coral.

—¿Adónde...? ¡Pero si

Wong-Fu

está muerto! ¿Para qué vamos a...? ¿Qué está haciendo...?

Se quedó mirando la reluciente hoja de acero que había aparecido en la oscuridad, quedando ante sus ojos; pero sólo un instante, porque en seguida, el frío del acero llevó un estremecimiento a todo el cuerpo de Tarika cuando la hoja se apoyó en su garganta.

—¿Wong-Fu ha muerto? —jadeó Coral.

—Sí... Claro... Ustedes tienen que llevarme a...

—Asquerosa puerca —chirrió Coral—. ¿Has sido tú quien lo ha matado?

—No... ¡No! Pe... pero... Moulay me... me ha dicho... Ha sido Moulay, y él me ha dicho que... que usted es amiga de él, y que...

—¿Amiga de quien ha matado a

Wong-Fu?

—Casi chilló la china—. ¡Te voy a degollar como a una bestia, y luego, a ese Moulay lo voy a...!

—¡Espere! —chilló Tarika—. ¡Yo no tengo la culpa, no he sido!

¡No me mate! Tengo... tengo mucho dinero, se... se lo daré...

—¡Dinero! ¡No me interesa el dinero!

—¡Tengo un millón de dólares! ¡Un millón! ¡Y lo tengo aquí, en este maletín!

La china estuvo unos Segundos mirándola. Luego, soltó una seca risa.

—Eres una estúpida... Casi tanto como lo he sido yo. ¡Un millón de dólares! ¿No comprendes que nos han engañado a las dos?

—¡Tengo el dinero! —Alzó ella el maletín—. ¡Véalo usted misma!

—Yo no... Ábrelo tú, y ya veremos si es verdad.

Bajó el cuchillo, y Tarika, con el rostro húmedo de sudor, se apresuró a abrir el maletín. Por un segundo, sólo por un segundo, todavía estuvo segura de que aquellos papeles eran billetes de Banco... En ese mismo momento el coche de Moulay comenzó a alejarse, regresando hacia la gruta... Tarika lo miró, sin comprender todavía. Cuando miró a Coral, ésta mostraba en alto el fajo de papeles sin valor alguno... Del fajo escapó algo, que cayó sobre los otros igualmente sin valor.

—¿Qué es eso? —exclamó Coral.

—No... no sé...

—¿Sigo al otro coche? —preguntó la chinita asesina del volante.

—No, espera... Puede que esté intentando atraernos a una trampa... Usted, recoja eso, para que podamos ver bien qué es.

Tarika tomó aquel objeto pequeño y brillante, que identificó tras un par de segundos de duda.

—Es... es un magnetófono a pilas...

—Ponlo en marcha. Veamos qué tiene que decirnos tu amigo Moulay.

—Sí... Sí.

Tarika puso en marcha el aparato, apenas del tamaño de su mano. En seguida brotó de él una voz de hombre, pero... no era la voz de Moulay. No, seguro que no era la voz de Moulay. Era una voz desconocida. ¿O no? No, no era desconocida, sabía que la había oído antes. Pero ¿dónde y cuándo?

—Como otros muchos —decía la voz masculina—, habéis visto las caras de la muerte. Especialmente, tú. Tarika..., o quizá prefieras que te llame Carla Varetta...

—¡Sloan Latimer! —aulló la muchacha—. ¡Es la voz de Sloan Latimer, ese idiota que...!

—... comoquiera que te llames en realidad —proseguía la voz de Sloan Latimer—. En la CIA me llaman Las Caras de la Muerte porque, sea cual sea el aspecto o la personalidad que adopte durante mis misiones, nunca dejo tras de mí a nadie que no merezca vivir. Éste es tu caso, y el de la asesina que está contigo. Con cualquiera de mis caras, yo siempre cumplo mi misión, termino todos mis trabajos. En esta ocasión, no sólo he terminado ya prácticamente mi cometido, sino que tengo el triste placer de vengar a uno de mis compañeros anónimos: ¡va por ti, Estambul-3!

En el mismo instante en que Tarika comprendía, el aparato que tenía en la mano estalló...

* * *

El resplandor de la explosión se reflejó en el espejo retrovisor del coche que conducía Moulay ben-Mohammed, y el fragor llegó amortiguado a sus oídos. Entonces, el agente de la CIA, el hombre que en la Central de Langley era llamado Las Caras de la Muerte, apretó un instante los labios antes de decir:

—Va por ti, Estambul-3..., y por todos los que antes cayeron víctimas de esas víboras.

Miró su reloj de pulsera, y se dijo que ya no tenía ninguna prisa.

* * *

A las tres y veinte minutos, se produjo la llamada a la radio. Ismail la atendió inmediatamente, dejando los auriculares libres, como antes hiciera Tarika, a fin de que la voz fuese audible para todos los que estuvieran cerca de la emisora..., y que en este caso eran solamente el propio Ismail y el turista americano Sloan Latimer.

—Ismail a la escucha —dijo éste—. Adelante,
Roma-Uno.

—Aquí,
Roma-Uno.

Tenemos la carga, que está ya instalada casi en su totalidad en el yate, en el compartimiento camuflado. Empezarán

inmediatamente el viaje, hacia donde todos sabemos. El submarino ha sido hundido.

—¿Han tenido dificultades?

—En absoluto. Ha parecido como el ensayo de unas maniobras, todo perfecto. Nuestras felicitaciones al director de esta orquesta. ¿Todo bien por ahí?

—Todo perfecto —sonrió Ismail—. Feliz viaje.

La comunicación fue cortada. Sloan Latimer tenía fruncido el ceño, lo que desconcertó e incluso preocupó a su contacto árabe.

—¿Algo no va bien? —preguntó, inquieto.

—Oh, sí —masculló Sloan—. En lo que a esta misión se refiere, sí, todo está bien...

Este es el final

De todos modos, realmente, no le sentarían mal unos días de descanso... Aunque era una lástima lo ocurrido con Lana. Lo primero que había hecho al llegar había sido llamarla a su apartamento, pero la muchacha no estaba. En cambio, sí había dejado una nota para él, que la persona que atendió el teléfono no tuvo inconveniente en leerle.

La nota decía:

«Ojalá te maten de un susto los fantasmas, gracioso.
Si alguna vez nos vemos, será en el más allá.
»Lana».

Y el caso es que la amaba, ésa era la verdad. Precisamente, antes de salir para Tánger la había llevado allí para explicarle a su manera con quién se estaba relacionando, por si quería seguir adelante en unas relaciones que él empezaba a tomarse muy muy en serio...

Verdaderamente disgustado, Sloan Latimer entró en su chalé, donde se retiraba siempre a descansar, o cuando quería estar solo y tranquilo. Quizá no debió enfocar la explicación de aquel modo que a él le había parecido humorístico, como quitándole importancia a la cosa, para que Lana no se asustase al oírle decir que era agente de la CIA. En fin... Entró en el salón, se sirvió un *whisky*, y quedó pensativo. Podía buscar a Lana, desde luego. No tendría la menor dificultad en hallarla, de eso estaba seguro...

—¡HUUUúuuúuuUUUUUU...! —Sonó tras él la voz de ultratumba.

Sloan Latimer pegó tal brinco que el *whisky* le cayó encima de la ropa, y el vaso escapó de su mano, haciéndose añicos en el suelo. A

todo esto, él ya se había vuelto hacia la puerta del salón..., donde estaba el fantasma. Un blanco fantasma que agitaba los brazos, daba un saltito a derecha y luego a la izquierda, y seguía aullando:

—¡HUUUUUU. —Húuuu—. HHUUUUUhhhúuuUUUU...! ¡Soy un fantasma!

Pese a su sangre fría, Sloan había quedado pálido, pero esto sólo duró un segundo. Se recuperó, dejó de correr riesgo de que sus ojos se saliesen de las órbitas, se miró las ropas manchadas de *whisky*, y luego farfulló:

—¿Y qué haces aquí, fantasma?

—¡He venido a darte un susto!

—Pues te juro que lo has conseguido —masculló el espía—. ¿Cómo has sabido que llegaba hoy?

—Porque hace días llamé al
333 29 47,

a un tal Peter, para que me dijese dónde estabas, pues quería decirte que te perdonaba la estúpida broma... Y hablando con Peter, le dije que estaba loco por ti, y él me citó, nos vimos, y me dijo todo eso de tus disfraces. ¡Eres un espía!

—Pues no me parece tan malo como ser fantasma —sonrió ahora Sloan—. Los dos estamos bastante locos, según parece. Cuando te invité a venir aquí fue precisamente para decirte eso, y que supieses con quién te la estabas jugando, por si preferías... llevar una vida más tranquila.

—¡HUUUUúuUUUU...! ¡Yo no quiero una vida tranquila, yo quiero estar contigo siempre! ¡HUUUUúuUUUU...!

—De acuerdo —casi rió ya Sloan Latimer—. Y me alegra que tengas sentido del humor, fantasma. Ahora, quítate esa sábana agujereada y ven a tomar un trago conmigo.

—No puedo quitarme la sábana... ¡HUUUUúuUUUU...!

—¿Por qué no?

—Porque es todo lo que tiene tangible un fantasma, y si le quitas la sábana, pues... no queda nada.

Sloan Latimer frunció el ceño de nuevo. Luego, se acercó al fantasma, agarró la sábana por la parte de la cabeza, y dio un tirón, retirándola y tirándola a un lado..., mientras los ojos casi se le salían de la órbitas de nuevo, al ver al fantasma desnudo ante él, un poco encogido.

—He venido... he venido a pasar todo el fin de semana contigo —susurró la bellísima Lana Wender—. Si tú quieres.

Sloan Latimer se acercó a Lana, la abrazó suavemente, y murmuró:

—Quiero. Y te diré una cosa: eres el fantasma más tangible con el que habré pasado el más largo, cálido y sensacional fin de semana de toda mi vida.

—Pero no el único —musitó Lana, ofreciéndole los labios.

—Eso —dijo con tono truculento Sloan—, depende de cómo te portes...

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...